



XIV CONCURSO NACIONAL[®]
DE NOVELA Y CUENTO

Puños DE agua

y otros cuentos

Santiago Gallego
GANADOR CUENTO



CAMARA DE COMERCIO[®]
DE MEDELLIN PARA ANTIOQUIA

Santiago Gallego (Medellín, 1981). Licenciado en Filosofía y Letras, periodista y magíster en Literatura y Traducción. Ha traducido cuentos de Guy de Maupassant, Mark Twain y Nathaniel Hawthorne para Rasmia Ediciones (Valencia, España), y de cómics para Rey Naranjo (Bogotá). Ha publicado reseñas, crónicas, perfiles, ensayos y relatos cortos de ficción en *Arcadia*, *Universo Centro*, *Revista Universidad de Antioquia* y *El Malpensante*. En 2018 fue uno de los ganadores del concurso "Medellín en 100 palabras" con el relato "Como un gallinazo en la noche". Trabaja como profesor de literatura y corrector de textos. *Puños de agua y otros cuentos* es su primer libro de ficción.



XIV CONCURSO NACIONAL[®]
DE NOVELA Y CUENTO



PUÑOS DE agua *y otros cuentos*

Santiago Gallego · GANADOR CUENTO





Puños
DE agua
y otros cuentos

Santiago Gallego
GANADOR CUENTO

© Santiago Gallego, 2019
© Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia
ISBN: 978-958-56964-9-5

Santiago Gallego
Puños de agua y otros cuentos / Santiago Gallego
1 ed. Medellín: Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia, 2019.
118 p.; 21 cm

Ganador categoría Cuento
XIV Concurso Nacional de Novela y Cuento
Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia

Primera edición: noviembre de 2019

Coordinación editorial: Vicepresidencia de Comunicaciones y Mercadeo
Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia
Diseño y Diagramación: Tragaluz Editores
Impresión y terminación: Artes y Rayados S.A.S.

Impreso y hecho en Colombia / *Printed and made in* Colombia

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o por cualquier propósito,
sin la autorización escrita de la Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia.

*Acata con facilidad las órdenes, aunque en ocasiones le
cuesta admitir que se equivoca.*

*Sus prendas de vestir revelan aseo y orden, y su tono de
voz es apropiado al lugar.*

Reconoce la importancia de la familia en la sociedad.

*Levanta oraciones espontáneas al señor
e identifica en María sus cualidades como mujer, madre
y amiga.*

De un boletín de calificaciones escolares

Medellín, 1988



Índice

Conejitos	9
Puños de agua	19
Hasta aquí los deportes	35
Reflexiones para el doctor Fantino	47
No le digas a nadie	73
El falsificador	83
Sabaletas	97



Conejitos

A PULGA LOS PAPÁS LE REGALARON UN CONEJO BLANCO y él le puso Rambo, como el de las películas. Nosotros nos pasamos jugando con Rambo toda la tarde en la casa de Pulga. Lo poníamos en la sala y él empezaba a correr delante de nosotros. Así nos la pasamos toda la tarde. Lo perseguíamos y él después iba a esconderse debajo del lavadero. Entonces Emilia se ponía toda enojada y nos decía como habla ella que no, que en la cocina no, que nos lo lleváramos para afuera. Cogíamos a Rambo y él nos miraba mientras movía la boca y nos lo llevábamos para la sala a seguir corriendo con él. Y después al corredor de la casa. Yo me paraba en la puerta de una pieza y Pulga al final del corredor. Entonces yo ponía a correr a Rambo para donde Pulga, y Pulga no dejaba que se escapara al final del corredor y lo cogía otra vez y lo ponía a correr para la pieza. Y así, hasta que llegó la mamá de Pulga del trabajo y yo me fui para mi casa.

Mi papá sabe mucho de frutas y dice que yo soy capaz de secar a un papayo. Eso me dijo cuando le hablé de Rambo y le pregunté

que si me compraba un conejo, por favor por favor por favor, que yo prometía que lo cuidaba. Le hablé de los ojos rojos de Rambo que parecen bolas de cristal de las criollas y del pelo blanco de Rambo, y le dije que ese pelo parecía como de algodón de azúcar, pero que no se le pegaba a uno de los dedos como el algodón de azúcar, sino que se sentía lisito y él se dejaba tocar porque era muy juicioso. Y también le dije que Rambo era un conejo muy juicioso porque uno se ponía a jugar con él y él jugaba con uno todo el tiempo. Y que no hacía popó por ahí como los perros, aunque yo no sé si sí. Mi papá miraba el noticiero y yo le seguía hablando de Rambo. Entonces me dijo: «Esperate David un momentico que ya van a dar los deportes. Vos secás a un papayo». Así me dijo. Pero después de los deportes yo seguí diciéndole que los papás de Pulga le habían hecho prometer que él iba a cuidar y a querer mucho a Rambo; y yo le dije a mi papá que si él me compraba un conejo yo también prometía que lo iba a cuidar y a querer mucho, hasta más de lo que quería Pulga a Rambo.

Al final me dijo que le preguntara a mi mamá. Yo fui y le pregunté, y le dije después a mi papá lo que ella me dijo, o sea que sí podía tener un conejito en la casa, pero que yo tenía que limpiarle la jaula y no Luz Dary porque ella tenía muchas cosas que hacer. Entonces mi papá me dijo que iba a pensar, pero lo dijo como diciendo que bueno, que sí pero que no lo fuera a secar como a un papayo.

Al día después yo volví a jugar con Rambo y con Pulga. Corrimos y corrimos y corrimos y el conejo no se cansaba, pero me fui más temprano para mi casa a esperar a que mi papá llegara de trabajar. Quién quita que me llevara el conejo y yo quería abrazarlo y prometerles a los dos que lo iba a cuidar y a querer mucho.

Cuando llegó y silbó desde la puerta, yo salí corriendo y le salté encima, pero mi papá no tenía ningún conejo y yo lo abracé como con rabia, pero sin que se me notara porque después no me comprobaba el conejo por grosero.

Cuando empezaron los deportes en el noticiero yo me puse delante de la pantalla y le dije que Rambo no se cansaba y que toda la tarde habíamos jugado yo, Rambo y Pulga. Y que si Pulga estudiara en mi colegio seguro los papás lo dejaran llevar a Rambo para tocarle ese pelo de algodón de azúcar blanca. Hasta la profesora Ligia lo tocara. Y mi papá me decía que estaba viendo los deportes y que después hablábamos de eso, pero yo seguía ahí y le volvía a decir que la parte de abajo de las patas de Rambo era carrasposa como la cáscara de un zapote, y que los bigotes se le movían todo el tiempo, y que las orejas eran rosadas como las salchichas Zenú. Mi papá se enojó y me dijo que qué me había dicho del papayo y también me dijo que me corriera y lo dejara ver el noticiero, pero ya habían dado los goles y estaban hablando de los otros deportes que no le importan a mi papá. Entonces apagó el televisor y miró a mi mamá al lado y ella lo miró sin hablar y él dijo: «Bueno. Mañana lo traigo».

La tarde del día después yo no fui a donde Pulga. Pulga timbró en la casa y me dijo que fuera a su casa que Rambo estaba corriendo más rápido que siempre, pero ni siquiera por eso fui. Le dije que tenía gripa y que mi mamá me había dicho que no saliera, y que al otro día yo iba a su casa para que jugáramos. Entonces me quedé en la casa y a cada ratico yo decía dentro de mí, como me enseñaron en el colegio: «Jesús: que mi papá me traiga hoy el conejo. Que me lo traiga y yo te prometo cuidarlo y quererlo. Y te prometo que no te vuelvo a pedir nada más hasta dentro de mucho tiempo. Por

lo menos hasta diciembre». Desde las cinco de la tarde yo estaba en el balcón esperando a que mi papá entrara en el carro a la unidad, pero cuando entró yo no alcancé a ver si traía o no traía el conejo.

Me fui para la pieza y esperé a que subiera por el ascensor y cuando abrió la puerta silbó como siempre y yo fui caminando a saludarlo, sin que se me notaran las ganas que tenía del conejo. Y ahí estaba colgándole de las manos el conejito, blanco brillante como el uniforme del colegio. Tenía las orejas para atrás y mi papá dijo que estaba asustado. Después mi papá dijo: «David, este no es un conejo, sino una coneja. No tenían más en la tienda. Hay que ponerle un nombre. Pero una cosa muy importante: prométame que no va a juntar a la coneja con el conejo de Pulga». Yo le dije que no, que para qué los íbamos a juntar. Y que le iba a poner Pepita. Me parecía un nombre muy elegante, pero también muy bonito.

Cuando al otro día Pulga me abrió la puerta de su casa, yo llevaba cargada a Pepita que pesaba mucho mucho mucho, como mil kilos. Pero cuando quisimos ponerlos a correr en el corredor, Rambo y Pepita no quisieron correr, o sí, un ratico, pero solo hasta que Rambo llegó adonde Pepita y se le montó encima y empezó a moverse encima de ella como titirando de frío y nosotros empezamos a reírnos viendo a esos conejos todos blancos y peludos que parecían una sola bola de pelo.

Emilia hablaba y hablaba por teléfono, hasta que Pulga le gritó: «¡Emiliaaaa, papas friiitaaas!», entonces ella colgó y se puso a hacer papas fritas. Aunque ella vio a los conejos juntos no nos dijo nada. Yo creo que lo único que Emilia quiere siempre es hablar y hablar por teléfono con la hija que vive en otra parte. Los conejos no le dan risa ni ganas de tocarles el pelo ni nada. Yo me fui más

temprano para mi casa y me llevé a Pepita y esperé a que mi papá llegara. Y ahí sí me puse a correr detrás de Pepita, y a tocarle el pelo, y a darle lechuga y a quererla como le dije a mi papá que la iba a querer.

Al otro día pasamos toda la tarde comiendo chicle y viendo a Rambo encima de Pepita otra vez, como con calambres. Y nosotros estábamos muertos de la risa viéndolos a los dos. Al otro día igual. Rambo nunca se cansaba ni de correr ni de estar encima de Pepita, y Pepita estaba ahí debajo de él toda tranquila sin hacer nada. A veces movía los bigotes de un lado para otro y ya. Al otro día le pregunté a Pulga que si llevaba a Rambo a mi casa, pero él llamó a la mamá a pedirle permiso y ella no lo dejó. Entonces los conejos no se vieron, aunque a Pepita eso no le importó y corrió con nosotros dos toda la tarde en mi casa.

El fin de semana nos llevamos a Pepita para la finca y yo corrí detrás de ella y la levanté de las orejas muerto de la risa porque ella se ponía a correr en el aire, pero mi mamá me dijo que a los conejos no hay que cogerlos de las orejas porque les duele, y que si a mí me gustara que me cogieran de las orejas y yo le dije que no porque me acordé de Ligia, que se pone brava cuando alguno de 1-C se porta mal. Como cuando Fresa se poposió en la mitad del salón y Restrepo empezó a reírse de él y Ligia lo cogió de la oreja derecha, o de la izquierda, no me acuerdo, y lo jaló hasta que Restrepo gritó un poquito y casi empieza a llorar, pero se aguantó para que nadie se riera de él por llorón. Yo no sé si Ligia estaba enojada con Restrepo o si estaba enojada con Fresa que había dejado en la mitad del salón un popó redondo y amarillo, como de conejo gigante y enfermo. Entonces yo no cogí más a la coneja delante de mi mamá. Aunque sin que ella me viera, la cogía a veces

cerquita de la casa del mayordomo para verla corriendo en el aire y los hijos del mayordomo se reían conmigo.

Como una semana después de eso ya no juntamos más a Pepita y a Rambo. Pulga me dijo que siempre hacían lo mismo, y ya no nos daba tanta risa verlos a uno encima del otro. Se parecían a los papás, haciendo siempre lo mismo. Además a Pulga un tío de Estados Unidos le mandó un Nintendo, entonces estuvimos jugando *Mario Bros* todas las tardes hasta que nos la pasamos. Y en esos días aprendí a jugar fútbol en el colegio. Yo estaba en el corredor comiéndome el huevo duro que mi mamá me empaca en la lonchera cuando Mariscal vino todo acalorado y sudado y me dijo: «David, ¿va a jugar?». Cuando yo le dije que no sabía cómo, él me dijo que era muy fácil... que uno intentaba meter el balón entre los dos postes azules del patio, pero siempre con los pies y que no se podían usar las manos. Yo quería ir al arenero a buscar piedras preciosas con Peroni, pero los otros niños de mi salón dicen que Peroni es raro y lo persiguen y caminan como doblados detrás de él, remedándolo. Pero doblados no como mi tío Horacio cuando toma mucho aguardiente y se va como a caer y dice que él no sirve para nada, sino como cuando las reinas de los reinados caminan. Y entonces qué pereza que yo me tenga que aguantar después a Vélez y a Pineda y a los otros molestándome porque yo estoy buscando piedras preciosas con Peroni y que digan que yo también soy raro. Yo siempre le digo a mi mamá que esos niños son muy bobos porque dicen popó y se ríen, pero mejor dejar a Peroni buscando sus piedras preciosas solo. Entonces yo dejé el huevo en la lonchera y me fui a jugar con ellos. Yo creo que Peroni se enojó conmigo, porque después de eso dejó de saludarme. Un día yo también empecé a caminar detrás de él como las reinas para

que los otros se rieran, pero Peroni se volteó y se quedó mirándome a los ojos. Y después de eso yo ya no volví a caminar detrás y tampoco volví más al arenero ni volví a hablar con Peroni. Y qué importa, si de todas formas él encontraba esas piedras preciosas solo cuando las buscaba sin mí. Él decía que yo le daba mala suerte porque una vez encontró un topacio en el arenero, pero nunca encontró una sola piedra preciosa cuando yo las buscaba con él.

A los días de aprender fútbol, mi papá llegó una noche a la casa y no silbó cuando entró, sino que me dijo muy serio: «David, venga que tenemos que hablar». Y me dijo: «David, dígame la verdad. ¿Cierto que Pulga y usted juntaron a los conejos?». A mí me dio como una risa por dentro, yo no sé por qué, pero no me reí, y le dije con los ojos mirando al suelo: «Sí, pero no me pegue». Porque cuando mi papá me pega me da muy duro con la correa y yo prefiero que me pegue mi mamá porque ella me da con esa chancla vieja que tiene, que se dobla y hasta tiene una marca por debajo en la suela de lo doblada que está. Entonces ella me pega y la chancla se dobla cuando me pega y los dos nos queremos reír, pero no nos reímos porque un chancletazo es una cosa seria y uno no se ríe de las cosas serias. Mi papá no se enojó más ni me pegó, pero me dijo que Pepita estaba embarazada y que íbamos a tener que buscarles una casa a los conejitos cuando nacieran.

A las semanas después, la barriga de Pepita empezó a parecer una bolsa llena de confites. Pero cuando uno la perseguía ella ya no salía corriendo como antes y se quedaba ahí acostada mirando al techo, como mira el abuelito a la abuelita. Mejor me iba a la casa de Pulga a pasarnos *Mario Bross* otra vez.

Mi mamá me dijo que Pepita iba a tener gazapos y a mí eso no me gustó porque me imaginé a unos animales muy feos, pero ella

me explicó que así se llamaban los hijitos de los conejos y que iba a ver lo bonitos que eran.

Eso fue un montón de tiempo esperando a que Pepita tuviera los conejitos. Ella era echada todo el día sin hacer nada y uno tenía que esperar y esperar, como cuando me dio varicela y no me podía rascar aunque quisiera, y yo con esas ganas de ver a los conejitos. Porque los animales chiquiticos son muy bonitos, como los pescaditos que uno compra en esas bolsas y que después saltan de la pecera y se mueren chapaliando en el piso, o como los pollitos que venden en el bazar que uno quiere abrazarlos todo el tiempo... pero se mueren tan rápido...

Yo quería ver a los conejitos y cuidarlos más que a Rambo y que a Pepita, hasta que fueran grandes.

Después de llegar del colegio una tarde me fui derecho a la jaula y Pepita estaba acostada de lado con un montón de bolitas rosadas pegadas del estómago. Yo le dije a Luz Dary: «Luz Dary, Luz Dary, ¡nacieron los conejitos!», pero ella separó el teléfono de la oreja y me dijo: «Sí, David. Ya vi». Luz Dary a veces es como Emilia, pero no habla como Emilia.

Esos conejitos medían pero es nada, eran chiquiticos como el dedo chiquito. De todas formas yo me aguanté las ganas y no los cogí porque mi mamá me dijo que si los cogía entonces Pepita no los cuidaba más y dejaba de darles leche. Lo que hice fue salir para la casa de Pulga a decirle que Pepita ya había tenido a los conejitos y que fuera a verlos. En el ascensor hablamos que qué nombres les íbamos a poner. Que si se los poníamos ya o si mejor cuando los reconociéramos bien. Que cuántos iban a ser para cada uno y que si nosotros éramos los tíos de los conejitos o los abuelitos.

Cuando llegamos a la casa, Pepita estaba igual, con las bolitas pegadas del cuerpo y medio moviéndose y acomodándose. Pulga y yo nos quedamos toda la tarde acostados viéndolos sin decir nada.

El día después estuvimos viéndolos toda la tarde también. Y al otro día también.

Los gazapos son muy bonitos, pero no juegan, ni corren ni hacen nada. Entonces hoy los empezamos a coger uno por uno para tocarlos y tenerlos en las manos. Pulga dijo: «Solo uno, para ver cómo se siente». Entonces cogimos uno y yo lo empecé a acariciar y la piel no era lisa como la de Pepita, sino carrasposa. Y Pulga dijo: «Yo veo, yo veo», y lo empezó a tocar y a tocar. Y después yo también y así estuvimos pasándonos el conejito hasta que ya no se movió más. Entonces fuimos al baño y lo tiramos por el sanitario, como con los pescaditos cuando se mueren chapaliando afuera de la pecera. Y después volvimos y como quedaban tantos conejitos cogimos otro, pero a ese no lo acariciamos tanto sino que lo llevamos al cuarto y jugamos con él a los Transformers. Pulga dijo: «Yo soy el conejoooo...», y lo chocó contra un Transformer, y el conejito al ratico ya no se movió más. Al otro conejito lo pusimos en la bañera a nadar, como un barquito, y lo llevamos de un lado al otro de la bañera y después de un rato tampoco se movió más. A los otros dos conejitos los cogimos y los montamos en el trencito y los conejitos estuvieron girando y girando y girando, y Pulga y yo nos reíamos viendo a esos conejitos montados encima con los ojos cerrados. Pero no parecían pasajeros del tren, porque cada uno era como del tamaño de un vagón. Y después los llevamos al balcón y Pulga y yo los tiramos a ver cuál llegaba primero abajo, pero como el edificio es tan alto no vimos bien. Y ya quedaba un

solo conejito con Pepita, pero mejor se lo dejamos para que le quedara un hijito.

Al final Pulga se fue para la casa y mi papá está que llega y le voy a mostrar el conejito y le voy a preguntar si puedo cogerlo, pero él seguro me va a decir que no, que yo seco a un papayo.

La otra semana es semana santa y nos vamos para una finca que mi abuelito alquiló en Venecia. En la finca hay una piscina y mis papás me dijeron que puedo invitar a Pulga. Nos vamos a meter en la piscina todo el día, menos cuando el abuelito esté durmiendo después del almuerzo porque ahí todos nos tenemos que quedar callados. Y vamos a saltar en las escalas de la piscina, y a hundirnos, y a contar cada vez que nos hundamos y salgamos del agua: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis... y así hasta que se vaya el sol o hasta un poquito después, si nos deja mi mamá.

Puños de agua

EL BUS SE DETUVO Y LOS GRITOS DE ALEGRÍA SE multiplicaron. Era viernes en la tarde y habían llegado a la finca en Santa Fe de Antioquia, donde ese fin de semana el grupo tendría una integración escolar. En adelante, hasta la adultez y tal vez hasta la muerte, todos ellos —salvo algunas excepciones anómalas— quedarían integrados como esas bolas de cera que los niños hacen el día de las velitas: robustas, impenetrables y en cierta medida monstruosas.

—¡Vamos a la piscina! —gritó González desde la penúltima silla del bus, lo que extrañó a todos los demás (incluidos Peroni y Arango), quienes esperaban que esa instrucción viniera de Toro (pero Toro estaba concentrado en los ojos azules de Catalina, la hermana de Tirado y única chica del paseo. Era un colegio masculino).

—Jóvenes: un momento. Antes de la piscina vamos a guardar los maletines —advirtió Braulio con el usual y deprimente plural mayestático de los profesores.

La casa era blanca, de dos pisos, con amplios corredores y ventanales grandes con rejas de madera. Aunque parecía impecable y el mayordomo trabajaba sin descanso para que así fuera, las paredes externas lucían pinceladas de mierda de murciélago en lo alto. Tenía una piscina mediana y un quiosco donde instalaron temporalmente una mesa larga para desayunar, almorzar y comer y donde también dormirían en la noche. «Así evitamos accidentes en la casa», dijo Gustavo Adolfo, el papá de Tirado, cuando discutió la logística de esos tres días. En el interior de la casa, los objetos de valor incluían dos trofeos de fútbol y un bodegón donde una pera increíblemente pequeña se recostaba sobre una manzana deforme. Esa misma tarde, Solano repararía con desinterés en el cuadro.

Al lado de la finca pasaba un afluente del río Cauca y del otro lado había largas extensiones de tierra con algunos árboles de copas anchas. Debajo del ramaje, unas reses se protegían del sol. Era el paisaje repetido de la zona: fincas, piscinas, ganado. Ganado, piscinas, fincas. La luz casi hería los ojos y el aire estaba lleno de un intenso olor a tierra húmeda y a mango maduro.

Salieron rápidamente del bus, detrás de Braulio como saldrían al día siguiente las abejas tras Zambo y Pollo, cuando le encajaron una pedrada a un panal que colgaba de un árbol. Vallejo sufrió las consecuencias de ese ataque y Gustavo Adolfo tuvo que llevarlo de inmediato a Medellín, pues estaba afebrado por las picaduras. En todo caso, a Zambo y a Pollo esa víctima les importó poco (al fin y al cabo era Vallejo, con su eterna cara de yo no fui, uno más en sus abultados prontuarios de damnificados infantiles).

En el camino al quiosco, Catalina se separó de Toro, Pereda y su hermano. Aunque era más alta que todos y se refería a Toro y a Pereda como «los amiguitos de mi hermanito», durante el viaje había

sonreído cada vez que Toro hacía un chiste tonto y había aceptado cada Bubblicious con sabor a sandía que Pereda le ofrecía solo a ella, mientras Toro y Tirado cruzaban miradas de reproche.

—¿Tú no vienes al quiosco? —preguntó Pereda un poco decepcionado cuando ella comenzó a alejarse y le sacó la lengua, a la vez que negaba con la cabeza.

—Mi papá no la dejó —le informó Tirado, con la voz apagada, cuando Catalina entró en la casa—. Dijo que ella tiene el cuarto con su baño propio y que mejor que no duerma donde estamos todos nosotros.

Se instalaron en el quiosco. Antes de que Braulio se extendiera en orientaciones generales y reglamentos específicos, todos salieron corriendo hacia la piscina. Desde el quiosco, aquello parecía un hormiguero recién pisado y en el agua no cabía un mango. Arcila corrió desde la grama, dio un saltito ridículo en el camino y entrechocó las plantas de los pies en el aire antes de clavarse. Casi había olvidado la tarde en que su papá le enseñó a nadar en contra de su voluntad: le quitó los flotadores en los que tenía metidos los brazos y lo lanzó al fondo de una piscina solitaria. Arcila lloraba y nadaba hasta el borde, tragaba agua y le suplicaba a su papá, entre lamentos húmedos: «¡No más, pa, no más!», pero el papá lo jalaba de nuevo, lo lanzaba, y él lloraba y se ahogaba, y todo se veía confuso y extrañamente lejano en medio del manoteo y el sabor del cloro. Sin embargo, ahora sus gestos heroicos no revelaban el horror antiguo: Arcila se había convertido en un ganador.

El Rolo estaba en una esquina de la piscina con Londoño y Ocampo y les preguntó si habían llevado el pedo químico. Loaiza, Estrada y Jaramillo jugaban con una pelota que a veces se iba de largo y golpeaba involuntariamente la cabeza de Oviedo que estaba

cerca del borde junto a Gaviria, con quien hablaba de *Castlevania*. Vélez jugaba a aguantar la respiración bajo la superficie y Pérez le tiraba agua a la cara a Márquez. Sierra intentaba ahogar a Gallego, y Gallego intentaba ahogar a Valencia, y entre los tres intentaron, con éxito, ahogar a Correa, quien salió de la piscina tosiendo.

—¡Hijueputas! —les gritó.

Desde el quiosco, Braulio lo reconvino con voz grave:

—¿Qué hemos dicho de las vulgaridades, Correíta?

Dos perros labradores corretean y saltan al lado de la piscina. Todos, cuando pueden, lanzan a lo lejos un pedazo de madera para que ellos vayan tras él, pero los niños se zambullen de nuevo cuando el palo de madera sale por los aires y los perros salen disparados. Los perros juegan con todos, salvo con los más débiles: Peroni, Arango y Jesús David, a quienes les ladran cada vez que pueden (aunque Arango entorna los ojos y dice con su voz dulce, después de cada guau guau: «Ay, ¡tan lindos!»).

Arenas y Pineda cogen los mangos que flotan en la piscina y se los tiran a Martínez que está sentado en una silla Rimax debajo de un árbol de mangos y se espanta los mosquitos de las piernas blanquísimas. Martínez siempre lleva puesta una camiseta, a pesar de la humedad y del calor. Nadie lo ha apodado Polio o Cumbia: un apodo tal vez lo acercaría al grupo de señoritos que aprenden a reconocer desde pequeños los límites de la crueldad y la integración. Pero Martínez es y será siempre Martínez porque se enfermó de polio y su caminar tambaleante no puede hacer reír a nadie. Por eso mismo estará siempre al margen. Si tuviera algún interés por la literatura tendría la compañía de Solano —que no es gran cosa, pero es algo—, que en ese momento entra en silencio a la casa para inspeccionar la biblioteca.

Las repisas tienen pocos libros. En los lomos se lee: Anthony de Mello, Walter Riso, Og Mandino. Solano tiene la impresión de haber visto esos nombres antes en la casa de una tía, pero no hay nada de lo mejor de la biblioteca de ella: ni *El misterio del triángulo de las Bermudas* ni *El testamento del paisa*. Tampoco está Dahl ni ninguna aventura de Indiana Jones. Desde allí, Solano entrecierra los ojos para enfocar y ve a Martínez sentado en la silla blanca con la cara cubierta por el bloqueador solar y los pies casi sepultados por los mangos mojados.

Lucía, la esposa del mayordomo, sale de la cocina con una bandeja con carambolos y limón, y advierte la cara desorientada de Solano en la biblioteca.

—¿Usted qué está haciendo aquí? —le pregunta retóricamente—. ¡Salga a jugar con los otros niños y a pasar bien bueno, mi amor!

Solano sale despacio, temiendo y queriendo encontrarse en el pasillo a Catalina. Cuando iba en el bus, solo interrumpía su monótono movimiento de cabeza contra la ventana para mirarla de reojo mientras ella reía junto a Toro y a Pereda. Al final, sale de la casa y reconoce por detrás a Catalina, que camina en las puntas de los pies sobre las piedras calientes.

La piscina es un enjambre de niños o exniños o adultitos. Ocampo le pregunta a Londoño, en la misma esquina de antes, cada cuánto se hace la paja. El Rolo se ríe. Loaiza, Estrada y Jaramillo juegan con una pelota y apuntan a la cabeza de Oviedo que está cerca del borde, junto a Gaviria, hablando de Tintín. Vélez hace piruetas bajo la superficie y Pérez le tira agua a Márquez con la boca. Zambo y Pollo, para tranquilidad de todos, no están a la vista. Gallego intenta ahogar a Sierra, y Sierra intenta ahogar a Valencia, y entre

los tres intentan ahogar a Osuna que se resiste hasta que es vencido por el grupo.

Toro, Pereda y Tirado están sentados con los pies dentro del agua y giran la cabeza hacia la casa cuando notan que, de repente, todos los demás dejan de hacer por un segundo lo que están haciendo y miran hacia allí.

Catalina se acerca caminando y detrás de ella se ve la figura escueta de Solano. Tiene puesto un vestido de baño rosado de dos piezas y una camiseta blanca y ancha que la protege de la horda seminfantil. A los pocos minutos los cuatro están en el agua y los demás conservan con ellos esa distancia que se guarda ante las autoridades.

El lugar vuelve a bullir con los gritos, los saltos y el agua agitada. Bulle con Cadavid y Zuluaga, con Betancur y Botero, con Franco y Rodas, con Rivas y Echeverri, con Bermúdez, Monroy, Chalavazis y todos los demás.

Al caer la tarde, la piscina está llena de pelos humanos. Todos son cortos, porque en el colegio está prohibido llevarlo largo. A veces alguno siente un pelo largo en la lengua: es de Catalina que escucha y sonrío al lado de Toro, Pereda y Tirado.

El corte de Toro es recto en la parte alta de la cabeza, al rape a los lados y atrás, cayendo sobre la nuca, lo tiene más largo. El corte significa que Toro tiene ciertas licencias domésticas, cierta autonomía social y que, sin ser todavía lo que se dice «un hombre», es más hombre que todos los demás. Su estrategia con Catalina consiste en explotar esa ventaja. Pereda, en cambio, apela a otros encantos: su figura es la de un futuro rey sometido al régimen nobiliario, con los modales cuidados y el pelo rubio impecable como en un comercial de champú Johnson's; su estrategia es hablar con

pasión del viaje a Disney que hace cada año con sus papás. Tirado y Catalina no han ido a Estados Unidos y lo escuchan atentos.

Durante la exposición detallada de montañas rusas, castillos y fuegos artificiales, Toro mira a todos lados curioso por lo que pasa alrededor con Morales, Montoya, Henao, Congote, Hoyos, Quesada y los demás (en el quiosco, en la entrada de la casa, cerca del río, al lado de las hamacas y en la cancha de fútbol). La finca entera es un hervidero y los rayos del sol rebotan contra el agua y los cristales.

—Si tu papá te deja, podrías venir con nosotros a Disney el otro año —le dice Pereda a Catalina, excluyendo deliberadamente a su hermano de la invitación.

En la noche, después de comer, los corredores de la casa se llenan de cucarrones que buscan la luz de las lámparas, chocan contra las paredes y caen al piso, desorientados. Al lado de los cucarrones hay dos sapos hambrientos que se los tragan monótonamente, y al lado de los sapos están Zambo y Pollo, concentrados, recogiendo los cucarrones y metiéndolos con cuidado en un frasco de vidrio.

Solano los ve desde el quiosco y sabe que no es curiosidad entomológica lo que anima ese trabajo. Ha visto a Zambo y a Pollo salir corriendo en el colegio hacia los buses, después de que las campanas señalan el final de la jornada, mientras se lanzan escupitajos en un gesto críptico de amistad.

En cualquier caso, siempre es mejor saber dónde están Zambo y Pollo para no estar cerca de ellos, principio que olvida Arango cuando en la noche los dos se le acercan y le vierten los cucarrones debajo de las sábanas. Cuando intenta gritar y pedirle ayuda a Braulio, Zambo le da un puntapié en el estómago y Arango permanece

doblado, revolcándose de dolor y asco. Solo se oye el canto de los grillos alrededor y el crujido de los cucarrones aplastados involuntariamente por Arango.

Catalina, en tanto, no ve ni escucha estas cosas: está durmiendo en su cuarto con olor a vainilla.

El cacareo de los gallos y el calor intenso los despertó temprano en la mañana del sábado. Solo Pollo y Zambo se quedaron durmiendo hasta más tarde, envueltos por las sábanas. «No parecen tan malos así», pensó Arango al verlos y recordar que en el viaje de ida le habían llenado la espalda de saliva, expulsándola con una técnica que consistía en presionar el paladar con la cara inferior de la lengua. «Parecen serpientes», pensó Aguirre al verlos desde la silla contraria.

Entre los mangos se alcanzaba a ver un batir de alas y el canto de los pájaros llenaba toda la mañana.

Braulio y Gustavo Adolfo organizaron un torneo de fútbol. Catalina, sonriente, jugó en el equipo de Toro. En cambio, la tristeza no cabía en la cara de Telescopio y Barrilete cuando les dijeron que tenían que jugar. Eran inseparables en el tedio y en el odio deportivo. El Gordo, que siempre se burlaba de ellos en el colegio, habría compartido su miseria si hubiera estado ahí. Pero el Gordo no fue a la integración porque estaba en su casa, enyesado desde el tobillo hasta la cadera, viendo *Bugs Bunny* mientras su mamá le suplicaba, por favor, Juan Sebastián, que hiciera las tareas. Ese sábado, con la lagaña habitual pegada a su cara como una calcomanía, el Gordo seguía acostado mientras Telescopio y Barrilete eran obligados a jugar en equipos distintos, no fuera que su inclusión en el mismo desequilibrara la balanza a favor del rival.

Como casi siempre, Toro quedó campeón. Solano cumplió. Pollo y Zambo se divirtieron dándoles patadas a todos (menos a Toro, Pereda y Tirado). También jugaron Díaz, Jiménez, Uribe, Posada, Cuartas y Benedetti.

Los pájaros seguían cantando después del almuerzo. Había mierda de pájaro al lado de la piscina, encima del carro de Gustavo Adolfo y del bus, en la entrada de la casa y en las hojas de los mangos. Solo la parte trasera del quiosco parecía estar libre de la mierda aviar. Allí, el profesor Braulio le estaba diciendo algo a Osorio cerca del oído, ese jovencito bien peinado que siempre olía a colonia fresca, con los ojitos verdes, la camiseta del uniforme siempre nueva, las uñas cortadas y limadas y la maleta de Lesportsac golpeando rítmicamente su espalda al andar. Tan lindo era Osorio que una mañana el profesor Braulio se había encariñado demasiado con él en el salón solitario: entonces Osorio había corrido y escapado por una ventana baja mientras Braulio, espantado pero contenido, le decía, queriendo gritar: «¡Osorito, no me malinterpretes! No le vamos a contar nada a nadie».

Desde ahí, detrás del quiosco, Osorio salió corriendo con su pantaloneta de baño nueva y se lanzó al agua, tapando por un momento el sol en la cara de Gil.

La piscina estaba otra vez llena de preadolescentes y de orín.

Todos nadaban o jugaban en el agua, menos Catalina, Toro, Pereda y Tirado, que estaban encaramados en un árbol de mangos. Tampoco estaban Zambo y Pollo, perdidos en algún lugar de la finca para tranquilidad y alarma general.

—Mi papá va a darle un viaje en crucero a mi hermana cuando cumpla quince años —le dijo Pereda a Catalina desde una rama del árbol—. ¿Tú qué vas a hacer?

—Mi papá le va a dar una excursión con las amigas por Estados Unidos —interfirió Tirado, desde la otra rama.

—¡Mejor hacer una fiesta que ir a ver muñequitos a Miami! —interrumpió Toro desde más arriba—. Eso es como de niños. Si hacés una fiesta, te saco a bailar el vals. —Hizo el gesto del baile con los brazos.

Catalina soltó una carcajada.

—¿Usted sí sabe bailar? —le preguntó ella.

—Él te saca a bailar, pero merengue, si acaso —dijo Pereda, despectivo, desde el otro lado.

—No te preocupés que yo aprendo —le dijo Toro a Catalina, mirando a Pereda.

—Que-se-va-para-Estados-Unidos, ¿no oyeron? —sentenció Tirado.

Desde el árbol, a lo lejos, Catalina vio a Pollo y a Zambo tirándole piedras a un árbol antes de salir corriendo.

En el agua de la piscina casi no rebotaba la luz del sol. Así de poco era el espacio que dejaban en el agua los unos junto a los otros.

A las dos de la tarde, después de almorzar, Braulio los reunió en el quiosco. Eran tantos que casi no podía abarcarlos con la mirada.

—Jó-ve-nes —dijo. Siempre hacía un énfasis en esa palabra—: vamos a hacer una dinámica para conocernos mejor. Se llama «El día más feliz de mi vida». Cada uno va a pasar al frente y nos va a contar cuál fue ese día tan feliz.

Pasaron uno a uno.

—Cuando mi papá compró una Toyota —dijo Solórzano, orgulloso.

—Cuando nos pasamos a la nueva casa en Rionegro —dijo Mendoza.

—Cuando fui a Miami —dijo Villegas.

—Cuando hice la primera comunión —dijo Peroni, entrece-
rrando los ojos, con un aire angelical.

La gran felicidad de Solano había sido cuando Nacional quedó campeón de la Copa Libertadores, pero mencionar esa alegría le parecía poco solemne especialmente después de la intervención de Peroni. De la primera comunión solo recordaba el olor a cera quemada de los velones y el mal aliento del cura. Además, mencionar la Copa Libertadores le parecía más bien pobre, después de que Ochoa dijera que su día más feliz había sido cuando su papá le regaló un carro eléctrico.

Solano trató de estar a la altura y mintió, con cierto decoro:

—Cuando nació mi hermano menor.

—Cuando mi papá me llevó a la sala de cirugía —dijo Penagos, quien ya tenía asignada una prometedor carrera de cirujano plástico.

—El día que mi papá me dio una cauchera —dijo Zambo, simulando tener una honda imaginaria en la mano con la que le apuntaba a Arango.

—El mío también —dijo Pollo.

Los otros rieron.

—Todos los días que mi mamá estuvo viva —dijo con gravedad Palacio.

Ya nadie se entristecía con esa historia: estaban acostumbrados a que Palacio empezara cada intervención pública recordando que era el único del grupo sin mamá.

—Un día que mi papá me llevó a elevar una cometa al Volador —dijo Toro, hablando como desde lejos, casi triste.

A muchos la imagen les pareció más bien ridícula, pero nadie se burló.

—Cuando mi papá me compró un computador —dijo Pereda, mirando de reojo a Catalina con aire triunfal.

Así siguieron los otros, incluidos Malagón, Escobar, Galván, Delgado y Dapena. El catálogo de objetos y hazañas paternas parecía infinito y dio paso a una competencia de natación.

Después de varias rondas eliminatorias, en las que la montonera gritaba y alentaba a sus favoritos, Toro y José fueron los dos finalistas. Alrededor de la piscina, todos los miraban y guardaban silencio. Catalina los observaba desde el balcón de la casa. Unas hojas de mango flotaban sobre el agua y unas gotas muy finas de sudor brillaban encima del labio de Catalina, que tenía los pómulos enrojecidos por el calor.

Braulio gritó, desde el extremo de la piscina:

—¡Tres, dos, uno!

José y Toro se clavaron.

En el balcón resonaban los gritos que venían desde abajo. Inexplicablemente, no todos apoyaban a Toro y en el coro se distinguían dos voces aflautadas:

—¡Jo-sé Va-ca! ¡Jo-sé Va-ca!

Peroni y Arango eran los dos porristas inéditos. No los movía el cariño por José, a quien nunca habían querido, sino el rencor permanente y obligatoriamente oculto que sentían por Toro.

Los nadadores llegaron al extremo de la piscina, giraron en el agua y agitaron con violencia los brazos, mientras las gotas de agua flotaban un instante en el aire y emitían un destello por efecto de los rayos del sol. Faltaba media piscina y una pelota cayó al agua, interponiéndose en el camino de José que detuvo el ritmo del braceo por un segundo y al final perdió.

Las hurras se apagaron y Peroni y Arango se miraron decepcionados.

Toro salió del agua con suficiencia y se dio golpes en el pecho como un gorila. Sánchez, Saldarriaga y Aguinaga le celebraron el gesto. Desde allí, rodeado por unos jovencitos que lo felicitaban, Toro miró hacia el balcón. Catalina se limpió unas gotas de sudor con la parte externa de la mano izquierda y lo saludó con la mano derecha.

Un poco después se levantó un olor a tierra mojada y a las seis comenzó a caer un aguacero que podía sepultar a un niño. Se cancelaron la fogata y las canciones.

Braulio y Gustavo Adolfo decidieron proyectar una película.

Todos estaban sentados en el quiosco-sala de cine. También Cárdenas, Múnera y Trujillo. Estaban sentados con las manos en las rodillas mientras el enorme ventilador giraba sobre sus cabezas. El *videobeam* se encendió y las luces se apagaron. Todos miraban concentrados *Cinema Paradiso*. Después de horas de gritos, ahora solo se oía el silencio del grupo y las hojas vencidas por el aguacero tropical.

A la media hora amainó la lluvia. La noche estaba hecha de grillos y luces de cocuyos.

Las figuras de la película se sucedían en la proyección sobre la sábana blanca. En la escena final, en blanco y negro, varias parejas se besaban mientras se alcanzaba a oír una música trémula saliendo de dos parlantes pequeños. Era una escena romántica y triste.

La película se acabó y las luces se encendieron.

Solano estaba reconcentrado mirando el piso, el puño derecho cerrado con fuerza. Intentaba no llorar. Para suerte suya, del otro lado del quiosco-sala de cine estaba José David lagrimeando sin remedio.

El chirrido de los grillos fue interrumpido por las atronadoras carcajadas de la multitud.

—Ay, ¡qué pesar del bebé! —le dijo Zambo a José David, simulando llorar. Braulio sonrió para adentro, esperando el momento de intervenir—. Andá a buscar a Peroni, Chuchito, y abrazalo mientras lloran y se dan besos como los de la película. Mua, mua, mua. —Y se daba besos en el antebrazo.

Con sus carcajadas, Pollo lo animaba a seguir.

En la mañana, la finca parece una hoguera extinguida. Hay murmullos, más que gritos. Rostros cansados y aburridos. El final de la integración o la proximidad del lunes los sume en la melancolía del domingo. En la cancha de fútbol, Vásquez y Trejos simulan pelear usando unos guantes de boxeo que sus papás les regalaron en Navidad y que llevaron escondidos en sus maletines.

Braulio los descubre en el simulacro y, contrario a lo que ellos creerían, no los reprende sino que les propone hacer un torneo de boxeo antes de que suban al bus para regresar a Medellín.

Braulio y Gustavo Adolfo organizaron las peleas de acuerdo con el tamaño de los jovencitos y, en menor medida, con la actitud de cada uno: Soto peleó con Arango, Garrido con Pardo, Piedrahíta con Herrera, Hinestroza con Sandoval, Alarcón con Castaño, Duque con Durán y Marín con Santacoloma. Así, en los improvisados combates al lado de la piscina, el griterío recommenzó por última vez.

Toro peleó con Mejía, que repetía quinto de primaria. Mejía era más alto que él, era fofo y su cara parecía estar siempre en un lugar distinto al de su cuerpo. Cuando reaccionó, después de

ponerse por fin los guantes, Toro ya le había encajado dos golpes en la barriga y se protegía con la mano derecha. La lentitud de Mejía le alcanzó para darle un manotazo contundente a Toro, que por poco lo manda al piso o al agua, pero la agilidad de Toro era notable y no menos su resistencia: le dio tantos golpes a Mejía que este al fin saltó al agua, cansado.

Cuando Toro celebró la victoria y se quitó los guantes, solo recibió la felicitación de Tirado (y de Fernández y de Hidalgo y de Villarreal). Buscó alrededor y distinguió a lo lejos, bajo un árbol, a Catalina y a Pereda.

Ella se estaba inclinando para darle un beso. Pereda fue capaz de simular que una lengua serpentina, con sabor a Bubbalo, no le era desconocida. Entreabrió el ojo derecho y confirmó su victoria: Toro lo observaba desde la orilla. En dos horas, Pereda estaría en la silla trasera del bus, al lado de Lopera y Aristizábal, y desde la segunda silla Toro oiría sus risas estruendosas: miraría por la ventanilla y cada tanto le daría un manotazo displicente en la cabeza a Arango.

También Catalina entreabrió los ojos mientras el aire se perfumaba de saliva, chicle y mango maduro. Vio muy lejos a Zambo y a Pollo. El boxeo no les interesaba, a pesar de su aparente vocación por la violencia: la agresión reglamentada y pareja les parecía un capricho de los adultos.

Bajo el árbol inmenso de guamas, Zambo le metió a Pollo la mano dentro de la pantaloneta y le agarró el miembro erecto como agarraría un palo de béisbol para darle un golpe en la cabeza a Arango. La vara tiesa lo excitaba casi tanto como la sensación de estrechez en su mano, atrapada en el calzoncillo ajustado de algodón. No se miraban a la cara. Pollo levantó la cabeza y se concentró

en las ramas enormes del guamo, mientras Zambo agitaba la mano conducido por algo más parecido a la ira que a otra cosa. Los dos oían el lejano murmullo de las barras.

Pelearon Castro con Madrigal, Calle con Otálvaro y Doncel con Vanegas. Incluso Peroni se atrevió a hacerlo, obligado por las circunstancias (aunque saltó al agua antes de que Arango se le acercara a intentarle conectar un golpe inofensivo). Valdivieso se revolcaba de la risa en el piso.

Por su tamaño, a Solano le tocó boxear contra Peláez. La pelea, a pesar del esfuerzo de Solano, no duró mucho. Sentía los guantes de Peláez como pelotazos calientes contra la nariz. Intentaba conectarle algún golpe y batía los brazos, desesperado: parecía como si estuviera peleando en el fondo del mar. Asfixiado en medio de los gritos, alcanzó a reconocer a Braulio, lejos, que conversaba distraído con Gustavo Adolfo.

Entonces se dio por vencido y se lanzó a la piscina. Los guantes absorbieron el agua y arrastraron a Solano a lo profundo, como grilletes de plomo. Él oyó, o creyó oír, las risas y los gritos de todos afuera. Los oyó lejos, cada vez más lejos y pensó, por un instante, que no estaría mal si pudiera hundirse eternamente.

Hasta aquí los deportes

DEJÓ DE LLOVER Y EL CIELO ESTÁ AZUL, SIN UNA SOLA nube que le dé alguna forma. Es un cielo sordo y envolvente. Cecilia, su esposo y su hija llevaban muchos días viendo llover y escuchando el repiqueteo del agua en las ventanas de los carros y los apartamentos.

Los tres están en la cama. Es una mañana de domingo extraña por ese cielo uniforme y porque Cecilia, que no llora, está llorando mientras ve las noticias en la televisión.

Casi un mes antes estuvo a punto de llorar. Al llegar en la noche a la unidad residencial, después de trabajar en el banco, el auto de Cecilia estaba detenido mientras ella esperaba que el portero abriera la puerta. El parabrisas removía perezosamente las gotas del vidrio. De repente sintió un golpe por detrás y vio por el retrovisor una camioneta blanca con las luces apagadas.

Cecilia descendió del vehículo y caminó hasta ella. La ventanilla polarizada del conductor bajó muy despacio y dejó ver a un hombre de papada protuberante, aliento a alcohol y una cadena de oro reluciente en medio de la camisa de colores semiabierta.

—Mami —se adelantó él—. Está mal parqueada. Mejor entre que no le pasó nada.

—Sí pasó. Mire como lo hundió —dijo ella conteniendo un grito.

—Eso no es nada, bizcocho.

—Voy a llamar al tránsito —le advirtió ella.

El agua le fue corriendo el maquillaje.

—Hágale, mi amor, pero va a perder el tiempo.

Cecilia tuvo que esperar durante una hora. Las noticias de la radio anunciaron que un avión había explotado en pleno vuelo, al parecer por una bomba, y comentaron el partido que el Atlético Municipal le había ganado a Millonarios. Su esposo debía estar feliz.

El agente llegó y cruzó unas palabras con el hombre de la camioneta, quien nunca se bajó del vehículo. Luego le notificó a ella que era mejor no levantar ningún cargo y le aconsejó que dejara las cosas así.

Cecilia apretó los labios al contarles la historia a su esposo y a su hija en la cocina, mientras preparaba la comida.

—El portero me dijo que le diera plata al tránsito —dijo ella.

—¿Le diste? —preguntó él.

—No.

En la televisión pasaban la repetición de los dos goles del Municipal, que ahora estaba en la final de la Copa Libertadores. Aunque los truenos parecían anunciar la inminencia de una tormenta, el resto de la noche cayó una lluvia tenue y pareja. Era una lluvia

como un zumbido, como el sonido de una televisión sin señal, como un arrullo.

Los cuatro días siguientes fueron una prolongación tediosa de esa noche. En el banco, Cecilia se pasaba el día firmando papeles en la oficina y atendiendo a clientes que necesitaban préstamos enormes o querían consignar mucho dinero. La luz blanca y brillante de la sucursal parecía salir por los ductos del aire acondicionado, junto a un viento helado y seco que obligaba a todos los empleados a usar chaqueta y dificultaba la respiración.

Afuera del banco estaba la ciudad húmeda, sumergida en una oscuridad blanca; adentro, las transacciones mecánicas y permanentes en medio de una atmósfera polar. Apenas había tiempo al final de la tarde para comentar los últimos sucesos: los golazos del Municipal contra el Millonarios y la masacre en el Viejo Baúl. Esta vez habían matado a nueve.

Esa noche en el parqueadero, antes de subirse al carro, Cecilia miró unos segundos la parte trasera del vehículo hundida por el golpe y después condujo hacia la casa. Los muertos del Viejo Baúl habían sido todos hombres, decían en la radio: los sicarios entraron al lugar, separaron a los hombres de las mujeres y luego asesinaron a algunos de ellos. «Los hechos ocurrieron en la esquina de Sucre con Moore», indicó la voz inalterable del periodista. «Sucre con Moore», repitió ella en voz baja intentando recordar el lugar. Hacía mucho tiempo no iba al centro de la ciudad.

Cuando entró a la unidad residencial tuvo que detenerse antes de ingresar al parqueadero porque unos adolescentes corrían de un lado al otro bajo la lluvia. En el ascensor estaba la nota de

siempre: «Respetemos el sueño de los vecinos». Ella vio su rostro inexpresivo en el espejo: parecía menos cansada de lo que estaba.

Entró al apartamento y saludó con la mano a su hija, que hablaba por teléfono acostada en el sofá. Fue al balcón.

Abajo, los adolescentes seguían corriendo; gritaban y se agarraban de las camisetas, intentando evitar que los otros avanzaran. ¡Parecían tan felices!

—Chiruzza los pone a correr y les da plata. Al que llegue de primero le da un billete de veinte —le explicó su hija desde el sofá, tapando la bocina.

—Cuelga y ven —le dijo Cecilia con severidad—. ¿Quién es Chiruzza?

—El gordo con el que te chocaste esta semana. Vive en el *penthouse* de la torre 2.

—El que me chocó —la corrigió Cecilia.

—Ese.

A lo lejos, casi desvanecida por la lluvia, la Gran Cárcel parecía una estrella enclavada en la mitad de la montaña, iluminándola. Se suponía que el Capo estaba ahí. La cárcel parecía una advertencia, o una amenaza, o un consuelo.

Su hija giró y fue a buscar de nuevo el teléfono. Cecilia observó con impaciencia la figura de la adolescente.

—¡Oye! —la llamó—. Enderézate y camina bien.

De espaldas a su mamá y antes de irse a su cuarto, su hija le informó:

—Hoy te llamó un señor por la tarde.

—¿Qué señor?

—Un señor. No quiso dejar la razón.

—La próxima vez le dices que me llame a la oficina.

Cuando Cecilia entró a su habitación su esposo estaba recostado en la cama viendo la repetición de un partido de fútbol.

—Mataron a nueve en un bar del centro —dijo ella.

—¿Cómo te fue hoy? —preguntó él sin apartar los ojos de la pantalla.

—Ese tipo me sigue preguntando que cuándo vamos a salir.

—¿Y cuándo van a salir? —intentó bromear.

Ella no dijo nada. Él dejó de mirar la televisión:

—¿Y si le cuentas a tu jefe?

—Ese es peor.

—Te toca aguantar. Se viene la fiesta de quince.

—Yo sé.

La lluvia continuó borrando los siguientes días idénticos. Cecilia se la pasaba entre el aturdimiento de la oficina brillante y la pesadez de la ciudad opaca. Sentía que respiraba dentro de una bolsa plástica. En menos de una semana habían matado a dos candidatos presidenciales y a un árbitro de fútbol. Era posible que suspendieran el campeonato local.

La monotonía se interrumpió el miércoles en la madrugada. Cecilia escuchó una explosión como en sueños y abrió los ojos; el apartamento vibró un segundo y las ventanas de las dos habitaciones estallaron. Hubo un silencio y las sábanas quedaron cubiertas por cientos de vidrios finos. La hija gritó y se oyeron sus zancadas hacia la habitación.

Los tres se abrazaron mientras la llovizna iba humedeciendo las sábanas y los cristales.

Pensaron, inverosímilmente, que había sido un terremoto. En los meses siguientes estallarían otros carrobombas en droguerías, oficinas del Estado y edificios de periódicos, hasta terminar por convertirse en eventos molestos pero inevitables, como la lluvia.

Ese primer carrobomba trastocó las noches de la familia durante varios meses: los tres dormían en el mismo cuarto y veían la misma telenovela antes de dormir. Por eso celebraron a los gritos, juntos, el gol del Atlético Municipal en el primer partido de la final en Montevideo. Con ese empate, la Libertadores estaba muy cerca.

A pesar de la lluvia y del cielo turbio como los ojos de un ciego, los tres salieron el sábado por la tarde a comprar el vestido para la fiesta de quince.

En la ciudad solo había dos centros comerciales. Cuando en el más viejo comenzaron a verse rostros y atuendos que desentonaban con los del resto de visitantes, Cecilia le dijo a su esposo: «Esto se está dañando», y no volvieron.

El nuevo centro comercial olía a canela y tenía un algarrobo inmenso, cuya copa salía por un orificio en el techo de cristal. El aire era menos frío que en el banco y más seco que en la calle.

Después de entrar a todos los almacenes y probarse veinte vestidos, su hija compró el primero que había visto. Se devolvieron en silencio para la casa y la lluvia arreció: parecía un bloque compacto que amenazaba con terminar de hundir las latas del auto. Las montañas desaparecieron tras una cortina blanca de agua y solo se adivinaban las siluetas de los edificios más próximos.

Siempre que Cecilia entraba a la casa, su hija estaba en el sofá hablando por teléfono. Cecilia la saludaba con la mano y ella le devolvía el saludo desde el sofá.

—Te volvió a llamar el señor del otro día —le dijo una noche.

—¿Qué señor? —preguntó Cecilia fingiendo desinterés.

—No sé. El mismo señor de siempre. Le dije que te llamara a la oficina.

—Pues nadie me llamó a la oficina —explicó ella inútilmente.

Más tarde, unos estallidos los despertaron. Todavía se oían las descargas cuando el sonido de un acordeón se mezcló con el del golpeteo de la lluvia. Abajo, la camioneta blanca de la otra noche tenía las puertas abiertas y una mujer bailaba bajo el aguacero, mientras el conductor encendía papeletas que iba arrojando a una alcantarilla. Al estallar, el hombre celebraba y aplaudía.

La Gran Cárcel fulguraba intensamente en la montaña del frente. Cada explosión parecía hacerla redoblar su brillo.

Por fin llegó la final del miércoles. Cecilia vio desde su auto, en la mañana, a decenas de personas vendiendo camisetas y banderas verdirrojas en medio de la llovizna fría. Fue inútil encender la radio: el ruido de las cornetas y los pitos no dejaba oír las noticias, y en todo caso los periodistas solo especulaban sobre las opciones que tenía el Municipal de quedar campeón y sobre la posible alineación de esa noche. El único jugador confirmado era Higuita.

En el banco todos los empleados tenían puesta la camiseta del equipo. Durante el día no fue casi ningún cliente y los pocos que lo hicieron solo querían realizar transacciones insignificantes y

hablar del partido. Había un optimismo generalizado e incluso Cecilia se aventuró a predecir un dos cero a favor.

Nada iba a impedir que ese día fuera memorable: ni la lluvia ni el atentado que le hicieron a Eastman el día anterior. Al locutor radial le habían dado cinco balazos, pero ya estaba fuera de peligro y seguramente celebraría el título desde el hospital, como todos.

Las oficinas y los bancos cerraron temprano. Cuando conducía de vuelta, a las cinco, Cecilia vio las calles despobladas, húmedas y calladas.

Pese al ambiente festivo en el estadio y afuera de él, el partido fue tedioso. Iban ochenta minutos y el equipo uruguayo estaba defendiendo el empate con todos sus jugadores. Un defensa cometió una falta cerca del área e Higuita salió trotando desde su portería para cobrar el tiro libre. La pantalla de la televisión duplicaba el tamaño de sus muslos firmes y enormes. En la casa, los tres se animaron y empezaron a gritar: «¡Gol, gol, gol!».

Higuita tomó el balón con las manos y le dio varias vueltas como si fuera un mapamundi. Gutiérrez le susurró algo al oído y él sonrió. Dio tres pasos cortos. Pateó. El balón se levantó, girando como un trompo, pasó por fuera de la barrera y se metió por el ángulo derecho del arco. Y mientras los tres saltaban en la casa, y se oían explosiones, y el cielo brillaba por los relámpagos de pólvora, Higuita corría en la pantalla levantando el índice derecho dentro del guante.

Al terminar el partido y ver a los jugadores dando la vuelta olímpica, los tres se metieron al carro, sacaron una botella de aguardiente, una bandera, una bolsa de harina y salieron a celebrar.

En el desfile de autos, mientras iban por la avenida pitando y la hija ondeaba la bandera un hombre pasó corriendo y se la arrebató, pero el robo no acabó con la alegría: Cecilia les tiraba harina a los

hinchas que iban por la calle y los hinchas le tiraban harina al carro, y sobre el vidrio delantero la lluvia iba formando una masa pegajosa que el parabrisas tardaba en remover.

Desde la Gran Cárcel salían fuegos artificiales disparados en todas direcciones y la montaña se iluminaba por partes con cada ráfaga de chispas multicolores.

La celebración continuó en la ciudad durante el jueves y el viernes, pero más tenuemente: cada tanto se oían petardos de pólvora que se mezclaban con los truenos. El sábado en la mañana todavía había explosiones esporádicas de unos pocos voladores.

El esposo estaba en el supermercado y el teléfono alcanzó a sonar una sola vez. Cecilia, perdida en el sonido de la lluvia, vio entrar a su hija con rostro decepcionado y el brazo extendido:

—Es para ti.

Cecilia tomó el aparato y vio a su hija caminar resignada hacia el sofá.

—¿Aló? —dijo, y añadió de inmediato—: No sé cómo consiguió mi número, pero no me llame a la casa. ¿Entendió?

Colgó, con la mano temblorosa, y le llevó el teléfono a su hija.

Cecilia se la pasó limpiando las estufas de la cocina con blanqueador y un cepillo el resto de la tarde. No quiso ver el largo especial sobre el título del Municipal que estaban pasando en televisión.

En el especial mostraron todos los goles del equipo en el torneo, entrevistaron a las esposas de los jugadores e hicieron un perfil de cada uno. También hablaron el presidente del equipo y el alcalde de la ciudad, y en una sección aparecía un periodista con el pelo

blanco de harina intentando entrevistar a los hinchas la noche de la celebración. Pasaron todas las canciones que le habían compuesto al equipo en sus cincuenta años de existencia, hablaban de los viejos jugadores, recordaron cada uno de los títulos locales y entrevistaron a los hinchas emblemáticos que veían al Municipal salir campeón de la Libertadores.

Un traqueteo interrumpió la concentración de Cecilia en la estufa.

—¿Pólvora o bala? —gritó desde el cuarto el esposo.

Cecilia salió al balcón y permaneció allí. En la portería de la unidad residencial, Chiruzza parecía un muñeco de trapo recostado sobre la reja. El cuerpo se empapaba lentamente con la lluvia invariable y el agua iba borrando la sangre del pavimento poco a poco.

—Hasta que lo mataron —dijo el esposo cuando llegó al balcón.

Cecilia no dijo nada en ese momento ni en las dos horas que tardó el levantamiento del cadáver. Cuando intentó hablar, un nudo en el pecho se lo impidió.

La Gran Cárcel apenas titilaba a los lejos entre la lluvia.

Es domingo y se escucha de nuevo el canto de los pájaros. Los tres duermen hasta tarde y encienden la televisión: mataron a Saldarriaga, el defensa central del Atlético Municipal. Estaba en una discoteca celebrando el título, tuvo un altercado en un parqueadero y un guardaespaldas le dio cinco balazos en la cabeza. Saldarriaga tenía veinticinco años.

Cecilia escucha la noticia y el nudo del pecho se le desata. Exhala súbitamente un taco de aire grueso que la hace volver a la vida y las lágrimas comienzan a correrle por la mejilla lentamente; bajan como el agua por una roca.

El presentador del noticiero despide la sección como mirando a los ojos a cada uno de los telespectadores que lo ven esa mañana:

—Hasta aquí los deportes... ¡país de mierda!



Reflexiones para el doctor Fantino

A David Sierra.

Perder el tiempo

LO PRIMERO QUE TENGO QUE DECIR ES QUE NO ESCRIBO esto porque quiera, sino porque mi papá me dijo que el otro año me paga las clases de conducción y me saca el pase si le doy gusto a mi mamá y vengo al consultorio. Y lo escribo porque en eso quedé con usted, doctor Fantino.

Nos pasamos un mes sin decirnos nada, mirándonos durante una hora cada semana. Y al final usted perdió, doctor Fantino, güevón. Cuando dijo: «Igual tus viejos me pagan cada sesión, así que vos decidís cuánto tiempo seguimos, nené... ¿entendés?». Perdió porque tuvo que hablar. Si las cosas hubieran sido como usted las puso, entonces se habría quedado callado, ganándose la plata de mis papás sin hacer nada, mirándome mientras me sacaba mocos y los tiraba en bolitas sobre el tapete del consultorio. Pero me gustó que hablara como me habló, que no se pusiera a mariquiar fingiendo que se interesaba por mí. Que no empezara con esa mierda de «es por tu bien».

No crea que es un genio de la pedagogía por ponerme a escribir. En cada una de las actividades «humanísticas» del colegio nos hacen escribir y siempre es la misma mierda: «Encuentros con Cristo», «Ejercicios espirituales», etc. Nos encierran muchas horas, solos, para que «nos encontremos con nosotros mismos» y «plasmemos en la hoja en blanco» nuestros «sentimientos». Y de cierta forma uno sí se encuentra consigo mismo, porque lo único que hace es voliar la paja hasta que el chimbo está a punto de arrodillársele para suplicarle que no siga. Eso es lo que queda de esos días espirituales: el chimbo pelado y ardiendo, el recuerdo de un video de un bebé desmembrado que nos muestran para hablar en contra del aborto y dos hojas donde uno promete ser muy bueno el resto de la vida.

La verdad es que hay cosas peores, doctor Fantino: por ejemplo, cuando en lugar de ponernos a escribir nos dicen que hagamos una puesta en común de sentimientos, y uno tiene que hablar enfrente de otros treinta maricas y tiene que aguantarse esas mentiras que todos dicen. Chalavazis le pide perdón a Mariscal por casi volarle un ojo cuando le disparó una revista doblada con un neumático. Y Zambo le dice a Peroni que perdón por lo del cepillo de dientes, que no debió restregárselo en el chimbo y mucho menos metérselo al culo en la última integración, que esas cosas no se hacen.

De todas formas, como me dijo que podía empezar por usted, pues empiezo así: el señor Mierdino es un viejo careculo, un cincuentón de gafas, barba y olor a cusca que parece un muerto embalsamado delante de su biblioteca. Tiene ese acento argentino que vuelve loca a la gente de esta puta ciudad. Seguramente mi mamá cree que el doctor Mierdino, que «es una eminencia», sabe

algo porque tiene acento extranjero, pero si el doctor tuviera acento peruano o boliviano no pasaría de ser un indiecito y estaría en medio de la selva con un taparrabos y la cara pintada, intentando matar micos para comérselos el cerebro.

En mi colegio hay dos grupos de patos que se lo mamarían con los ojos cerrados a un argentino y después se tragarían el semen antes de dar las gracias: los que van al estadio y los que oyen rockcito. Los del fútbol se aprenden los coros de los hinchas de Boca Juniors o River Plate y los cantan en los descansos, y mueven las manos como las mueven los hinchas de los equipos argentinos, y yo creo que se ponen a llorar de tristeza cada vez que van al estadio y ven al Nacional lleno de negros y ven a todos esos hinchas colombianos tan poco argentinos. Los del rockcito hablan de los grupos y los cantantes argentinos como si estuvieran hablando de sus parceros y los conocieran desde chiquitos. Esos malparidos no dicen «Fito Páez», sino «Fito»; no dicen «Soda Estéreo», sino «Soda», y dicen «Los fabulosos» y «Calamaro».

Sobre lo último que me dijo que pensara la respuesta es muy sencilla. Estoy aquí porque tengo un hermano mayor que es un sapo, un solapado que le dijo a mi mamá que yo estaba fumando bareta (como si la bareta que me fumo no se la robara a él, que la mantiene escondida en una rendija del clóset). Yo seré lo que sea, doctor Fantino, pero no soy un sapo, así que él puede seguirse fumando su bareta donde le dé la puta gana.

Yo le seguiré escribiendo a usted sus mierdas para que las lea cada martes, hasta que me diga que me puedo ir.

La preocupación de mis papás

Lo único que me quedó de la semana pasada fue la palabra «orto». ¡Bravo, Fantino! La voy a guardar solo para mí, no sea que los enchimbados del colegio me la roben y terminen usándola mientras hablan de «Fito» o de «Soda» y saltan por los corredores moviendo las manos con la palma de la mano abierta como si estuvieran en un estadio. Más allá de eso, cada semana siento más tristeza por mi mamá que le tiene que pagar estas sesiones de mierda.

Ya dije que estaba aquí por mi hermano, pero yo también puedo hacer la carita que hacen Chalavazis y Zambo, y decirle, fingiendo que lo siento: «Estoy aquí porque consumo drogas, doctor Fantino, específicamente marihuana, y quiero que me ayude a superar este problema». Pero seguramente usted no es tan güevón como se ve, y sabe dos cosas: una, que yo no voy a dejar de fumar baretta porque usted me diga que deje de fumar baretta. Y dos, que hay cosas mucho peores en la vida que fumar baretta.

Desde que tengo memoria vivo en un hijueputa infierno. Por cada año del colegio, desde chiquito, puedo mencionarle algún asesinato o alguna cosa gonorraea que pasó en este país. Cuando estaba en primero mataron a Galán y le pusieron una bomba a un avión. En segundo pusieron un carrobomba por la plaza de toros y todos tuvimos que escondernos debajo de los escritorios. Cuando estaba en tercero decían que por cada policía que mataran, los mafiosos pagaban un millón de pesos. En cuarto secuestraron a una tía y mi tío tuvo que pagar una millonada por el rescate. En quinto mataron a los papás de una prima lejana, les dieron treinta balazos y los dejaron en pelota colgados de unos parapentes en la carretera a San Cristóbal. En sexto mataron al papá de un compañero del colegio en el garaje de su casa, el único papá que era

profesor. Y así: usted seguramente ve más noticieros que yo. Por cierto, ¿cómo terminó usted viviendo en este mierdero? Y ¿le parece que fumarme un bareto en la casa escuchando a los Chemical Brothers es un gran problema? ¿O tengo que decirle mentiras, decirle que yo me fumo un bareto para olvidarme de esas cosas?

En esta ciudad como que uno solo puede hacer cosas chimbas porque hay cosas gonorreas. Por cada cosa chimba que uno hace tiene que buscar tres cosas gonorreas que la justifiquen. Y no. Uno hace cosas chimbas porque son chimbas y no porque las cosas gonorreas están corriendo detrás de uno como las piedras gigantes van dando vueltas detrás de Indiana Jones. Fumar bareta es una chimba y ahí se acaba el misterio de la bareta.

Yo tendría que preguntarle, por ejemplo: «Doctor Fantino: ¿cómo se aguanta usted esta mierda de país? A su edad, seguro hay que fumarse todos los baretos de Barrio Antioquia para soportarlo. Uno tras otro, o todos juntos a la vez, como en un circo. ¿Cuántos baretos se fuma usted al día, doctor Fantino?».

El otro día estaba en el colegio, sentado en una silla al lado de la cancha de fútbol. La Larva estaba al lado mío. Ganitsky llegó, se paró al frente de la Larva y le dio una patada en la cara. Porque sí. Una patada en la cara que le reventó la nariz. Yo pensé que la Larva le iba a pegar a Ganitsky, pero solo le dijo: «Ey, ¿por qué me pegás?». Y Ganitsky le dijo: «Porque me da la puta gana, pirobo, ¿algún problema?». También hay un pelao, Mosco, al que meten en canecas de basura y lo ponen a rodar por una colina. Llevan tres años haciéndole eso. ¿Mosco debería fumar bareta? Y ya le describí la semana pasada lo que le hicieron a Mariscal y a Peroni. ¿Entonces yo fumo bareta por eso? ¿Yo soy como esos hijueputas?

Ganitsky me la quiso montar un día dizque por negro. Empezó a hablarme con acento de negro y me dijo: «¿Cómo e'tá el negrito Cirilo?». Yo lo cogí de la camiseta, me temblaba la voz de la puería, y le dije: «Me volvés a chimbiar y te quiebro la hijueputa nariz, ¿me entendiste, malparido?». Ganitsky me miró como si hubiera visto un fantasma y me dijo: «Ey, relajao». Sentí en el estómago una electricidad y una euforia que ningún bareto me había hecho sentir nunca.

Doctor Fantino: yo soy el que tiene que venir a verle la cara de culo, mientras usted lee y comenta lo que le escribo, como si fuera uno de esos profesores de mierda del colegio. Gordos, calvos y maricas. Si usted no fuera tan viejo o si no tuviera esa barba, tal vez le diría: «Préndalo, doctor Fantino, y rótelo», aunque, la verdad, yo prefiero fumar solo.

Chemical Brothers

Fantino: solo puedo decirle lo que le dicen a la gente que parece inofensiva: «¡Ahí donde lo ven!». No me imaginé. ¿Y usted tiene problemas familiares muy delicados como para hacerlo?

Me emputa que uno tenga que esconderse todo el tiempo porque los demás son tan brutos que no entienden que uno no está haciendo nada malo. A mí también me parece que eso es «paradójico», como dice usted. Pero entonces ¿lo que usted me está diciendo es que uno tiene que ser un mentiroso para vivir? ¿Cuántas otras mentiras le dice usted al mundo, Fantino? ¿Y cómo sé que lo de fumar no era una mentira para ganarse mi respeto? Si eso es así, pues usted es doblemente güevón porque uno tiene que ser muy loca para decirle mentiras a un pelao.

Los papás dicen que uno no puede probar nada porque «ahí se queda». Me dijeron que no fumara cigarrillo porque me volvía fumador, que no probara la bareta porque me volvía marihuano, y así con todo. Yo no conozco gente que meta cocaína, pero los que lo hacen ¿fue que probaron una vez y no pudieron dejar de meter? ¿Usted les dice mentiras a sus hijos? ¿La niña de la foto de su escritorio es su hija? (¿Quién putas quiso tener un hijo suyo?). Yo conozco a gente que fuma bareta y detesta el aguardiente, y a gente que fuma cigarrillo pero mira feo a los marihuano y a gente que qué hijueputas para beber, pero el cigarrillo los pone a vomitar. Yo no creo que el que prueba se pierde, porque yo estuve oliendo sacol un tiempo y ya no. Usted no debe tener ni puta idea de esas cosas.

Una vez estaba en una fiesta familiar escuchando las historias de mis tíos. Cuando ya habían tomado mucho aguardiente, uno contó que en la universidad había olido sacol sin querer. Él no contó más detalles de eso, pero a mí la idea me quedó retumbando en la mente como el repiqueteo de una suela de zapato floja. Total, que unas semanas después yo saqué la caja de herramientas porque ahí había un frasquito con sacol, me fui para mi pieza y lo olí. Y me gustó.

En esa época María no había empezado a trabajar en la casa, entonces yo pasaba solo todas las tardes. Ponía «*Star guitar*» de Chemicals Brothers y empezaba a oler sacol, tirado en la cama. A las cuatro de la tarde yo ya estaba en la playa de mi pieza con Mafe Vanegas, y Juli Correa, y Caro Gaviria, y todas esas chimitas tomando polas y viéndolas bailar en bikini envueltas por el olor a mar y a bronceador.

Si dejé de oler fue porque una vez salí a jugar fútbol con los manes del edificio, después de estar oliendo, y esos hijueputas empezaron a decir: «Uf, esta gonorrea huele a mierda, parce, huele a

gamín». Y yo pensé que si esos hijueputas, que eran más gamines que yo, decían eso, a lo mejor Mafe Vanegas y Juli Correa y Caro Gaviria no me iban a dejar ni olerles el bikini sucio si seguía con el sacol. Otro día, al poco tiempo, entré al baño todo huelido, me miré a la cara y vi una calavera en el espejo. Me vi demacrado, consumido, con los ojos sin ojos. Yo sabía que estaba alucinando, pero esa vez ya no quise oler más. Se acabó. No terminé en la calle prostituyéndome, sino en un consultorio hablándole a un señor argentino.

Nada como la familia

Fantino: siento lo de su hija. Yo sé que a veces me paso.

Mi familia es normal. Somos mi mamá, mi hermano y yo. Mi mamá trabaja en una oficina y mi hermano ahora está dando clases de ética en un instituto nocturno de educación. Mi papá es contador público y desde hace unos años se fue de la casa. Ahora vive solo. O eso es lo que él dice.

De los cuatro, mi hermano es el más amargado. Estudió Filosofía y Letras y no pudo conseguir trabajo en la universidad, entonces le tocó dedicarse a lo del instituto que está lleno de gente que no pudo terminar el bachillerato cuando era joven o de gente joven que echaron de colegios malos. Según él, para trabajar en la universidad hay que tener influencias y no es suficiente con haber sido buen estudiante. A mí me parece que esa es su forma de sentirse menos mal por ser un profesor de un instituto mediocre, pero puede que él tenga razón. Si hubiera estudiado Administración, al menos tendría plata, pero el güevón anda sin plata y nadie piensa que sea inteligente.

Tiene que ser deprimente esa mierda de pensar que uno no está donde debería estar. Para mí estar en el colegio es una mierda, pero ahí es donde tengo que estar. O si no ¿dónde? ¿Usted se pasa el día pensando que está sentado en esa silla negra de ruedas pero que debería estar en otro lugar? Nunca me contestó cuando le pregunté: ¿por qué está acá, en esta mierda de país?

En mi familia más grande, todos eran más o menos normales también. Mis tías siempre estaban riéndose y contando historias, y haciéndoles todo a los maridos. A veces me pregunto cómo terminaron casadas con unos hijueputas tan inútiles. Yo preferiría quedarme soltero antes que tener que ser la sirvienta de un barrigón.

No es que mis tíos se hayan muerto, sino que mi mamá dejó de hablarles hace como tres años cuando mi abuelo se murió. Él tenía alzhéimer y unos meses antes de morir se mi abuela y mis tíos llevaron a un notario hasta la casa para pasar todos los bienes de mi abuelo a nombre de ellos. Mis tíos dijeron que esa era la voluntad del abuelo, pero el abuelo no tenía voluntad. Llevaba seis años repitiendo la misma historia y ni siquiera se sabía el nombre de los hijos. Y también dijeron que mi abuela estaba en su derecho de favorecerlos, y mencionaron no sé qué puto ejemplo de la Biblia. Así que les robaron la herencia a las hermanas, a mis tías. Unas hermanas les siguieron hablando, pero mi mamá no.

Yo tampoco les hubiera hablado más a esos hijueputas. Hay que ser hijueputa para robarle a un hermano, ¿no, Fantino? ¿Usted tiene hermanos? Yo creo que mi hermano no me robaría nada si se murieran mis papás; y yo sé que yo le robaba la baretta, pero una cosa es robarle baretta a un marihuanero solapado con el que uno vive y otra cosa es llevar un notario a la cama de un papá enfermo

para hacerle firmar el traspaso de la herencia. ¿Me entiende? Así los curas del colegio digan lo contrario, «robar» no es «robar».

Antes de todo eso le habían dejado de hablar al tío John porque fumaba bazuco o porque tenía una moza. Aunque no lo invitaban a las reuniones familiares, una vez él se apareció en plena novena de diciembre pidiendo buñuelos. Nosotros estábamos con las panderetas en la mano, cantando el «ven a nuestras aaaaaal-maaaas...» y en la puerta apareció el tío John, todo flaco, usando una sudadera medio sucia y una camiseta. A todos nos mandaron para un cuarto a abrir los regalos y cuando bajamos el tío John ya no estaba y la tía Gloria estaba llorando en el sofá.

Fantino, mi mamá siempre dice que no hay nada como la familia, pero a mí me parece que la gente casi siempre dice lo que cree que tiene que decir. Los profesores son iguales. Debe ser porque todos son papás. Si ellos pensarán, dirían otras cosas, pero prefieren repetir lo que les dijeron y así se ahorran el esfuerzo de pensar por ellos mismos.

A lo mejor lo que uno tiene que hacer es conseguirse un trabajo como el suyo: escuchar las güevonadas de la gente, hacer un par de preguntas y cobrar. Y dejar que la gente crea que uno les ayudó.

Juventud en éxtasis

Tal vez usted tenga razón en que uso mucho la palabra hijueputa y en que «la vacío de sentido», pero los tíos sí fueron más bien hijueputas y yo no los llamaría de otra forma. Usted sabe que a veces uno usa la palabra «gonorrea», por ejemplo, porque sí, pero otras veces uno dice «gonorrea» y siente por dentro lo gonorrea que es algo o alguien. Lo mismo pasa con lo hijueputa y los hijueputas.

Digamos que su hermano apareciera y que usted viviera en Argentina, la cosa sería esa: él no le robaría a usted nada. ¿Si usted volviera a saber de él, se devolvería para allá? A mí a veces me gustaría que viviéramos en otra parte. En Estados Unidos, por ejemplo. Hace cuatro años fuimos a visitar a mi tío de Miami y a mí me pareció una chimba, con las casas grandes y las autopistas y los centros comerciales y los carros en todas partes. No sé si me gustaría vivir en Argentina, sobre todo después de lo que usted dice que pasó allá. De pronto sería bacano lo de las estaciones.

Sobre los profesores, yo sí creo que todos son iguales. Unos mediocres. No he conocido el primero que no lo sea, empezando por mi hermano. Si yo le hiciera la lista de los de mi colegio... con decirle que usted parece más interesante que ellos. Mire: todos son gordos, casi todos son calvos, todos tienen mal aliento, todos se ponen los mismos pantalones cafés con las camisas de rayas por dentro, todos repiten las mismas mierdas. Es como si cuando se acabara el día a esos profesores los desinflaran y los metieran en una caja y al día siguiente simplemente los volvieran a inflar. La única profesora medio interesante es la de Educación Artística, Beatriz, y dicen que es lesbiana.

Un día Beatriz hizo una exposición de sus pinturas en la biblioteca del colegio y los títulos de los cuadros eran cosas como «Reminiscencia del recuerdo», «Del color de la errancia», «Efervescencia de lo recóndito», cosas así. A mí los títulos me parecieron güevones, pero las pinturas eran como de paisajes oscuros, árboles sin hojas y rocas. A mí me gustaron. Yo estaba viendo las pinturas y Correa se me acercó y me dijo: «Esta puta lesbiana, qué títulos tan ridículos». (Correa no es de los nerdos, pero tampoco es un chirrete, y usó la palabra «ridículo» conmigo porque me respeta). Dijo eso y nada más, pero yo no fui capaz de decirle que

a mí los cuadros me parecían chimbas, sino que le dije: «Uf, muy ridículos, parece». Yo a veces también soy muy marica.

El peor de todos es el profesor de Ciencias Naturales. Ese malparido empieza cada clase leyéndonos fragmentos de *Juventud en éxtasis*. ¿Lo ha leído? Ya no solo lee él los fragmentos en clase, sino que mis compañeros compraron el libro y lo leen por su cuenta. Imagínese, ¡hacer que Zambo y Pollo leyeran algo por cuenta propia! Y es una mierda redonda, Fantino. Hágase de cuenta que un perro de esos San Bernardo estuviera muy enfermo y se cagara una mierda gigante y olorosa: eso sería *Juventud en éxtasis*. Nosotros leíamos libros bacanos antes, como *Solomán* o *Aventuras de un niño de la calle* o *Mi amigo el pintor* o *La bruja*, y luego como que se acabaron los libros buenos y empezamos a leer mierda. Yo no sé qué piensa usted, pero un libro gonorra es peor que no leer. O sea, yo creo que Zambo podría ser mejor persona si no leyera esas maricadas que solo lo hacen peor de lo que ya es.

Si no lo ha leído, Fantino, *Juventud en éxtasis* habla de lo adictivo que puede llegar a ser el sexo y compara a las mujeres con carros, y recomienda que las mujeres guarden su virginidad hasta el matrimonio porque los hombres preferimos los carros nuevos. Y aunque, como usted sabe, yo quiero un carro y estoy escribiendo toda esta mierda para poder manejar, no estoy seguro de que quiera casarme con un carro nuevo. O al menos de que eso sea tan importante como para no montarme en él. ¿Me entiende?

A algunos de mis compañeros les gusta ese libro porque tiene descripciones de sexo. Pero hay que ser muy güevón para que a uno le gusten esas descripciones: ni siquiera les dicen tetas a las tetas, sino «pechos»; al chimbo no lo mencionan, sino que le dicen «mi masculinidad». Pero como el profesor siempre lee eso, pues

yo cierro los ojos y cuando la protagonista está mostrándole los pechos al otro protagonista, lo que yo hago es pensar en las tetas gigantes de Pamela Anderson.

El libro de mierda dice que el sexo causa dependencia, como el alcohol y el tabaco. Las drogas ni las menciona. Yo no entiendo cuál es esa obsesión de la gente por la dependencia de todo. Supongo que ser dependiente está mal, pero yo veo a la gente y pienso que todos dependen de algo. Si a mi abuelita le dijeran que Dios se murió, como dijo el profesor de Filosofía, seguramente ella se moriría porque toda su vida depende de Dios.

No sé si sea mejor depender de una idea que no existe a depender de una botella de aguardiente o de una chimba. Al menos el aguardiente se puede tomar y las chimbas se pueden tocar. Lo trágico es que a uno le encantaran las chimbas o los chimbos y no tuviera manos para tocarlos. Para mí, así son las personas que dependen de Dios y nada les gustaría más que uno fuera un mocho como ellas. Esa es la peor adicción de todas, Fantino. ¿Usted dónde tiene la cruz? Aquí solo hay libros.

La paja

Fantino, ¿usted cree o no cree en Dios, pues? Después de buscar en el diccionario, le digo una cosa con total seguridad: ser agnóstico es ser muy marica. Como que no es nada de nada. Además, cómo no iba a tener usted problemas con el alcohol si el aguardiente es un veneno. Pero nadie puede ser adicto a la baretta, así que está en la vía del bien. Yo le doy la bendición, Fantino.

De todas formas, no tiene que tratarme como un güevón y enredar las preguntas para que parezcan otra cosa. Pregúnteme, por

ejemplo, «¿Te masturbas mucho?», y ya. No tiene que hablarme «en mi idioma», como dicen los profesores. Yo sé que no somos amigos. Pero tampoco tiene que hablarme en el idioma de los mongólicos. ¿Cómo así que «cómo vivo mi sexualidad»?

Si «mientras más me abra, más rápido acabamos» la cosa es esta. El padre Marcos, con su chiverita canosa y su habladito maricón, nos dijo hace un tiempo que la masturbación era un vicio que teníamos que ir dejando. Dijo que con el tiempo, con la vida de pareja, esa «práctica», como él la llamaba, se dejaba «a un lado». Yo me acuerdo del día que descubrí la paja: Martín Fernández llevaba meses hablándome del asunto y yo no le había parado bolas. Tendríamos once años. Me dijo: «Usted saca el chimbo, se lo para y se lo empieza a hacer así con la mano» (y agitaba una gaseosa invisible en el aire), «y eso se siente una chimba».

Resulta que a Aristizábal la mamá le compraba revistas de porno y él las llevaba al colegio y nos las prestaba. Decía, como con desgano: «Pero no se vayan a botar en ellas, malparidos. El otro día le presté una a Arango y me la devolvió con las páginas todas pegadas». Y no le voy a negar que la maniobra de la paja con la revista tenía su dificultad porque en el momento de venirse uno no sabía para dónde apuntar, así que muchas veces lo mejor era usar la imaginación en vez de las revistas para uno poder seguir derecho y botarse en el ombligo.

La primera vez que me boté yo medio me asusté viendo ese chorruto transparentoso, pero salí tranquilo a limpiarme. Me pajiaba feliz en todas partes y me iba limpiando con los manteles del comedor, con servilletas, con hojas de papel, en el sofá y en las patas de las sillas (María todavía no trabajaba en la casa). A mí me daba risa pensar que toda la casa estaba llena de espermatozoides

míos: me los imaginaba medio enclenques, con ese bigotico que tiene uno antes de empezarse a afeitarse. Me imaginaba a una vieja sentándose en el sofá y descubriendo meses después que estaba embarazada. Y me preguntaba si la Virgen María no habría sido víctima de un pajizo que se había limpiado las manos con el ase-rín del taller de José.

Con María tuve que comenzar a ser más cuidadoso, especialmente después de que un día entró a mi cuarto sin tocar la puerta y me vio doblado sobre mí mismo, como un gimnasta ruso. Estaba en pelota y parolo, intentando chuparme el chimbo. María cerró la puerta, pero desde eso como que empezamos a no mirarnos a la cara.

Todos los manes del colegio se pajea y cada uno tiene su técnica. Unos dicen que se pajea y paran cuando se van a botar, y se siguen pajeando, y paran, como alargando la paja. Correa es uno de esos: cuando me lo contó yo pensé que Correa era como uno de esos monjes budistas del Tíbet. Me lo imaginaba en uno de estos vestidos púrpuras haciéndose la paja durante horas. Y aunque intenté hacer lo mismo un día, terminé aburrido y con el chimbo colgando como una manguera. A Martínez, cuando estamos en confianza, le decimos «Manoajena»: un día descubrimos que ese malparido se pintaba las uñas por la tarde, cuando iba en el bus, para hacerse la paja en la casa pensando que era otra persona la que se la estaba haciendo...

Pero lo que dicen los curas a uno le retumba a veces. ¿Qué tal que eso sí se convierta en un vicio? Por ejemplo, ese señor que se acerca a la reja del colegio, donde están los niños más pequeños, y se empieza a pajiar, tiene un vicio. ¿O no, Fantino?

Divorcio

Voy a decirle la verdad, Fantino. Cuando dijo que yo era un «hedonista y un misántropo, o sea un onanista hijo de puta», y se rio, yo solo entendí el final y tuve que consultar las otras palabras. Al menos ya he aprendido como cinco palabras en esta terapia de mierda. Yo no «concibo la vida» sin María, cómo se le ocurre. Por ejemplo, yo le grito desde el cuarto que me lleve papas fritas y a los veinte minutos me estoy comiendo unas papas con salsa de tomate. ¿En serio a usted no le interesan «esos servicios»?

Fantino, si le entendí bien todo lo que me dijo sobre la paja, las únicas diferencias que encuentro entre usted y yo son la puta barba y el acento de mierda. Si las costumbres suyas y las mías aparecieran en uno de esos cuadros de «encuentre las diferencias» uno no podría saber quién es quién. Solo el acento nos distingue. Si yo fuera usted, le sacaría más provecho a ese hijueputa acento: ¿no ve que cuando alguien habla argentino acá a las viejas se les bajan los calzones? Acá usted va por la calle hablando en argentino y los brasieres caen sobre el pavimento como las flores de los árboles. Dígame la verdad, Fantino, ¿usted se come a sus pacientes acá en el consultorio?

Sobre lo de mis papás, yo no le veo problema a eso. Mi papá vivía con mi mamá, ya no se hablaban casi, un día nos dijeron que se iban a separar, fin. Dicen que a Ricardo Velásquez el divorcio de los papás lo afectó mucho. Una vez se sentó al lado mío en la clase de Química, sacó una navaja y empezó a darles navajazos a los tenis Nike para estallarles la cámara de aire. En uno de esos intentos se le fue la mano y se cortó la muñeca con la que tenía agarrado el tenis, y le comenzó a salir un chorro de sangre, como los orines de un bebé. Yo me quedé viéndolo gritar ahí en el pupitre. Se lo tuvieron

que llevar para una clínica y el psicólogo nos dijo que Ricardo estaba «atravesando» por una situación familiar «muy delicada» y que debíamos entenderlo. Después los amigos dijeron que sus papás se estaban divorciando y que eso lo tenía muy loco. Yo pensaba: «¿En serio? ¿Nadie se ha dado cuenta de que este hijueputa está loco desde hace quince años cuando sus papás no se habían separado? Le deberían dar es un Rivotril o enseñarle a fumar bareta para que se calme».

Mi abuela siempre dijo: «Pobrecitos los hijos de padres separados». Lo decía como si estuviera a punto de llorar. Como si estuviera viendo a un inválido arrastrándose en la calle. Imagínese, Fantino... ¡y todos sus hijueputas nietos, mis primos, son hijos de padres separados! Eso fue un drama, especialmente con las hijas: la primera que se separó ni siquiera le contó a mi abuela, sino que le inventaba excusas en las reuniones familiares porque mi tío no estaba. Según ella, mi extío siempre estaba de viaje y nadie era capaz de decirle a la abuela la verdad. Todos le daban gusto con todo, todos se ponían de acuerdo para decirle la misma mentira, y yo pensaba: «Jueputa, si es que algún día tengo hijos, ojalá me digan la verdad hasta que me muera». ¿No le parece una gonorrea, Fantino, que todo el mundo le diga mentiras a uno? ¿No le parece que eso es como una prueba de miedo o de desprecio? Porque entre ellos se decían: «Qué pesar de la abuela» o «Ella es de otra generación» o «Ella no entiende esas cosas».

No sé, pero en esas reuniones yo quería decirle a la abuela: «Abuela, ellos están divorciados y le dicen mentiras porque creen que usted es una retrasada mental, aunque en el fondo ellos son más retrasados mentales porque usted al menos dice lo que piensa». Mi abuela podía ser retrógrada, ignorante, cerrada, lo que

usted quiera, pero al menos estaba convencida de lo que creía y lo decía sin importarle que los demás no estuvieran de acuerdo con ella. ¿Si usted tuviera hijos vivos, le gustaría que estuvieran de acuerdo en todo con usted, Fantino? Seguro no.

Para entrar a mi colegio, los papás tenían que ir a una entrevista y no podían estar divorciados. Supuestamente, así esos curas hijueputas aseguraban que no hubiera problemas en el colegio, que los estudiantes fueran «óptimos». No se imagina, Fantino, la felicidad tan hijueputa que me daba cada vez que se divorciaban los papás de algún compañero. Yo me imaginaba al papá de Restrepo en el quirófano comiéndose a una enfermera, y luego me imaginaba a su mamá entrando al quirófano a llevarle un sánduche y armando un escándalo al verlo con el pantalón en las rodillas. Y luego las lágrimas, la telenovela, los reclamos, Restrepito sentado en un rincón llorando, los exámenes en cero, en uno, los profesores discutiendo la situación de Restrepo. Restrepo, que era un portarretratos andante, ahora se convertiría en un vagabundo, ya no sería más el niño de la propaganda de Colgate, y todo porque a su papá se le había ocurrido comerse a una enfermera que ni siquiera estaba buena. Yo veía a Restrepo sentado en el pupitre con la columna recta, sin decir una sola grosería, y me decía: ojalá a este hijueputa se le divorcien los papás.

Yo creo que todas las cosas malas vienen de los curas, Fantino. Son un montón de maricas que no se mueven, que solo pichan entre ellos pero dicen que no pichan con nadie, que hablan mal de la paja pero son unos pajizos, que miran a los pelaos con ganas, que cantan el himno de Colombia a los gritos, que están pendientes de que uno se meta la camiseta por dentro, que no nos dejan tener el pelo largo, que madrugan, que siempre tienen que estar hablando

de los pobres y ellos están llenos de plata, que huelen a viejo, que hablan del amor pero son unas gonorreas con todo el mundo, que meten miedo, que echan a los estudiantes flojos, que no hacen nada en esta hijueputa vida, además de repetir la misma mierda, hasta que se mueren tan gordos que no caben en el ataúd. Yo odio a los curas con todo mi corazón, Fantino, y la prueba de que son las peores personas es que Garrido quiere ser cura. El compañero más asqueroso, puerco, lento, inútil, imbécil. El más incapaz. No el más bruto, pero casi. Cuando Garrido dijo que quería ser cura, yo me alegré y me dije: razón tenía en odiar a estos hijueputas.

Y que yo tenga que obedecerles, Fantino... Obedecer es maluco, pero obedecerles a los curas es peor. Obedecerles a personas que usted odia y subestima, y que siempre tienen la razón solo porque mandan. ¿Lo ha hecho, Fantino?

Dios no existe

Mire, yo sé que tengo problemas con la autoridad, pero pensé en lo que me dijo y yo no veo las cosas buenas de la autoridad ni encuentro ninguna relación de eso con Dios. Y ¿cómo que uno no siempre obedece por miedo? ¿No será que en el fondo muy fondo uno tiene miedo de algo, pero se dice otra cosa para hacerse el guapo y porque sabe que no tiene otra opción?

Lo que sí puedo decirle es que el profesor de Filosofía no habló de ese tipo de cosas en clase, sino que habló de los griegos todo el año. Que los griegos esto y que los griegos lo otro. Mientras él hablaba, yo solo pensaba en esas estatuas de mármol con los ojos blancos. Me imaginaba a esos griegos ciegos caminando en la ciudad como zombis, estirando las manos y tratando de no tropezarse con sus mantas

largas o chocarse unos con otros. En fin, como el año se estaba acabando y no sabíamos nada más, aparte de que los griegos sabían muchas cosas y eran medio cacorros, el profesor despachó todo el contenido del curso en una sola clase. Nos dijo que sacáramos el cuaderno y un bolígrafo y nos empezó a dictar nombres de filósofos y la frase más famosa de cada uno. Me acuerdo de la de Descartes: «Pienso, luego existo»; y de la de Nietzsche: «Dios ha muerto».

Yo le juro que no me sorprendió la frase, sino que me sorprendió saber exactamente de qué estaba hablando Nietzsche. Yo pensé en mi primera comunión, pensé en que todos mis compañeros estaban felices ese día y decían que eso era lo más importante de sus vidas. Nosotros teníamos ocho años y yo pensaba algo más o menos como esto (aunque yo sé que en ese tiempo yo no lo pensaba con estas palabras): «No siento nada por dentro, dicen que esto es lo más importante de la vida, pero yo no siento nada». Lo único que yo quería era que la hostia la remojaran en vino porque así iba a probar el vino. Ese día supe que Dios estaba muerto.

Mis papás son creyentes y van a misa todos los domingos (bueno, al menos mi mamá sí va), pero los que son más bien anormales con lo de la religión son mis tíos. Una tía es rezandera y cree que existe «el purgatorio». Otra tía tiene pegada de la puerta de su pieza una penca sábila y una herradura, y tiene el cuarto lleno de cuarzos. Un tío ahora es pastor. Otra tía supuestamente dejó de creer en el cristianismo y esas mierdas, pero luego se metió a meditar y supuestamente levita. Otra cree en los ángeles y en la reencarnación.

Pero la campeona es otra tía. Una mañana yo estaba en una finca con mi familia balanceándome en una hamaca al lado de la piscina. Ella se me acercó con una carpeta y me dijo: «Sobri:

¿puedo hacerte una pregunta sobre Dios?». Luego me regaló unas fotocopias de una secta a la que iba: se supone que los extraterrestres habían contactado a una mujer turca en los años setenta y le habían dictado un puto libro que explicaba el universo, y mi tía iba cada año a Turquía a hacerle la visita a la señora. Se ponía unos vestidos púrpuras, un gorrito, les rezaba a los extraterrestres y le daba plata a la secta.

No se ría, Fantino, como siempre, y respóndame: ¿en verdad yo soy el de los problemas porque me fumo un bareto por las tardes? ¡Las hijueputas fotocopias estaban certificadas y decían que si uno les sacaba copia por cuenta propia perdían su energía «fotón-protón»! Fantino: yo a veces creo que el milagro del universo es que existan carreteras y edificios con gente así. Los animales nos ven y deben sentir pena ajena.

La relación de mi abuela con la religión siempre me pareció más lógica. Desde que se despertaba tenía que cocinar, lavar, planchar, educar a sus hijos y lidiar con mi abuelo. ¿Cómo no iba a creer ella en una idea de algo bueno, por encima de ella, algo que explicara por qué tenía esa vida de mierda? (Algo que además le explicara cuándo iba a vivir bien, que le diera una esperanza). Yo creo que mi abuela no tenía alternativa, Fantino, porque era como una puta esclava de todo: de mi abuelo, de sus hijos y de la familia. Si yo hubiera sido ella, posiblemente no habría creído en Dios, sino que los habría matado a todos y después me habría pegado un tiro. Si la vida es una mierda, Fantino, uno tiene que creer en Dios, tiene que creer que la vida es una mierda por alguna razón que uno no ve, creer que otro quiere que la vida sea una mierda y que uno no puede hacer nada para que esa mierda sea menos mierda, sino que la tiene que oler hasta que se vomite.

Fantino, yo creo que si uno no tiene una vida de mierda no tiene que creer en Dios. Mejor dicho: si uno se fuma un bareto por la tarde, para qué Dios. Y con eso, creo que esta terapia debería ir terminando, ¿no le parece que ya le he dicho todo lo que usted quería que le dijera?

Los otros y yo

Fantino, su papá debe ser el primer sindicalista del que oigo hablar. Pero ¿esa gente lo que hace no es quebrar las empresas? ¿Y después de lo de su hermano él siguió con eso?

Lo de esta semana... con todo respeto, esta es una de esas actividades de mierda del colegio en que nos preguntan: «¿Cómo te ves tú y cómo crees que te ven los demás?». Eso se lo vengo contestando desde hace más de dos meses. No me chimbee más, Fantino. Voy a hacer mi mejor esfuerzo, voy a dárselo todo, pero por favor tenga en cuenta que he escrito sobre todo lo que me ha dicho. Tal vez me pasé un par de veces con usted, pero usted es un adulto y yo estoy madurando, ¿cierto? Debería entender que esas cosas pasan. Usted ganó, yo perdí... deje que mi papá me dé el pase.

En el colegio cada año nos llevan a ver a los pobres. En un año son los pobres de una vereda, en otro año los pobres de un ancianato y así. Este año nos llevaron a la comuna nororiental a visitar una escuelita y les llevamos bolsas de mercado a las familias que nos mostraban su casa. En las calles de la comuna no habían los niños. Parecía un parque infantil de laberintos y cemento. Mi mamá le dijo a María que me empacara una bolsa con arroz, papas, yuca y panela. Cuando entré a la casa vi que esa gente tenía

un equipo de sonido más grande que el de mi casa y un televisor más nuevo. En ese momento me dio una pena la hijueputa llevarles mercado y no saqué la bolsa. Les dije que les iba a dar un regalo, pero que se me había quedado en la casa y que yo después se los llevaba con mi mamá. Pero obvio yo no iba a volver por allá. En el bus de regreso, Arcila dijo: «A esta gente deberían esterilizarla». Yo me quedé pensando que si hicieran eso esta ciudad se quedaría vacía, porque uno mira a las montañas y todas están llenas de barrios así.

En los ancianatos, y en la vereda y en la comuna, era obvio que nosotros éramos distintos a ellos. Como nosotros llevábamos mercados siempre nos trataban bien, aunque uno veía a la gente comentando cosas a nuestras espaldas. Creo que se burlaban de nosotros. En cambio, cuando la selección de fútbol del colegio jugaba contra equipos de colegios pobres, los jugadores de esos equipos decían antes de empezar el partido: «¡Vamos a ganarles a estos gomelitos hijueputas!», aunque casi nunca ganaban. Mis compañeros decían que los pobres eran muy resentidos, y yo pensaba que sí eran resentidos, pero después de verlos en la comuna lo raro es que no fueran, ¿no? Porque dígame si a usted no le daría rabia, Fantino, estar en su barrio de mierda y que llegaran los ricos con bolsas de mercado a hablarle como si ellos fueran sus mejores amigos.

Mi colegio tiene una cancha de fútbol rodeada de una pista atlética, y en la pista están las rejas del colegio. Al otro lado se ven las ventanas de un colegio público. Cuando a nosotros nos toca trotar por la pista atlética, del otro lado nos gritan: «¡Riquitos hijueputaaaas!», y algunos compañeros les contestan desde la pista: «¡Pobres gonorreecaaas!». Yo una vez también les grité.

Los curas del colegio dicen que tenemos que ser un ejemplo para las otras personas de la sociedad. Dicen que «los favorecidos» debemos ser un ejemplo para «los más necesitados». Una vez dijeron eso y un man al que le dicen Churri, un hijo de un traqueto, le respondió al cura: «Padre, a mí me parece que nosotros somos los que nos queremos parecer a los pobres. Si no, mire cómo nos vestimos, cómo nos motilamos y cómo hablamos». Churri se sentó y los amigos empezaron a burlarse de él, le decían: «Uy, mero filósofo el Churri». Y él se reía también.

No sé, Fantino. Tal vez yo soy una mala persona, pero me importan un culo los Restrepos, y los Cadavid, y los Palomares, y los Jeison Stevens, y los Usnavis, y los Alexánderes de Medellín. Un sábado estaba lloviendo. Una de esas lluvias de Medellín cuando no se ven ni las montañas. Yo miraba esa lluvia y me sentía tranquilo. Mi mamá me dijo: «¡Qué pesar de la gente pobre! Las casas se les pueden destruir con la lluvia». Yo entendía lo que mi mamá decía, pero no sentía nada. Me imaginaba a la gente bajando por la montaña, encima de los techos de zinc de sus casas, y no sentía nada. Ni tristeza, ni lástima, ni compasión. Me quedé mirando la lluvia y queriendo que nunca dejara de llover. Queriendo que la lluvia inundara toda la ciudad, que el valle se convirtiera en una represa, que todos quedáramos flotando agarrados a troncos de madera o a neumáticos. Yo ya sé lo que usted me va a decir mientras se ríe: «Pero, pibe, con la ciudad inundada no podrías conducir el coche que querés, etc...». Pero ¿sabe qué? A mí al final también me importa un culo lo del carro. En el fondo me importa un culo. Igual yo sé que mi papá me va a dar el pase el otro año, independiente de lo que usted diga.

Los estudiantes de mi hermano son gente medio pobre. Un día no encontré la bareta en el lugar de siempre y me puse a buscar en su escritorio. Él tenía un montón de talleres escritos por los estudiantes, como historias de sus vidas. Hubo uno que me gustó, de un man que se llamaba Fredy. Había sido un sicario y hablaba de la primera vez que había matado a alguien. A mí no se me olvida lo que él decía al final: «y era la primera vez que sentía algo de verdad en mi vida».

Fantino, eso es lo único en lo que a veces pienso de verdad: que me importa un culo todo y que eso tal vez está mal. Yo no sé si esas cosas se curan. Si uno puede cambiar lo que es en el fondo de uno mismo. ¿A usted le importa lo que yo le digo, Fantino? ¿Le importa de verdad?



No le digas a nadie

LA TARDE DEL JUEVES TRANSCURRIÓ CALUROSA Y SIN nubes. Felipe encendió la televisión, sacó del primer cajón del no- chero una media de rayas y pasó los canales con paciencia hasta que aparecieron unos guardacostas en trajes de baño rojos. Él tenía puesto el uniforme del colegio: sudadera gris y camiseta blanca con un escudo donde un cóndor abría imponentemente las alas. Era más bien bajo, de cabello corto, y tenía la mirada ausente, como la mirada de los viejos.

Vivía con su mamá en un edificio de cuatro pisos, de cuatro apartamentos por piso, en una unidad residencial de cuatro edificios donde siempre había niños montando en bicicleta.

Cuando pasaron los comerciales y los guardacostas reaparecieron en la televisión, Felipe tomó la media con la mano izquierda y comenzó a masturbarse con la derecha. Parecía no pensar en lo que hacía, pero trabajaba con obstinación agitando la mano incluso cuando las rubias desaparecían de la pantalla por un momento.

Después de un par de minutos miró el cielo azul por la ventana del cuarto y vio un grupo de gallinazos dando vueltas en círculos. Imaginó a alguien muerto sobre el asfalto, mientras los pájaros negros lo vigilaban desde arriba. Agitó con más ímpetu la mano y terminó adentro de la media, que volvió a guardar en el cajón.

Tras pasar unos segundos acostado bocarriba, sonó el teléfono. Las rubias seguían corriendo sobre la playa dorada, ahora en cámara lenta.

—¿Aló?... Hola, ma... Sí, señora... No, señora... —Felipe miró el televisor desde el corredor y continuó la conversación en el mismo tono neutro—. Más tarde salgo y compro arepas en la tienda... Yo también... Nos vemos mañana entonces... chao.

El resto de la tarde lo pasó en la cama y usó dos veces más la media. A las cinco y cuarto fue a la tienda del barrio. Compró un paquete de arepas y una Coca-Cola, y se sentó en un muro. Tres ancianas jugaban parqués a su lado y en toda la calle se oía el repiqueteo de los dados contra el tablero de cristal. Junto a la tienda había un inmenso guayacán florecido. Parecía una llamarada.

—Entonces qué, Pipe —le dijo una chica que se sentó a su lado.

Era de su misma estatura, aunque parecía mayor; tenía el pelo negro y usaba maquillaje.

—Hola, Joana.

—Mire le regalo —dijo ella, y le extendió una chupeta de sabor a sandía.

—Gracias. Hace rato no la veía...

—Muchas vueltas en la casa, Pipe —dijo ella, y cambió rápidamente el tema—. Oiga, chimba de pisos, ¿dónde los compró?

Felipe levantó ligeramente el pie derecho. Eran unos Adidas blancos, casi nuevos, con cámara de aire.

—Son de Sierra.

—¿Y los suyos?

—Los dejé un día en la casa de Sierra.

—Sierra es el monito alto del otro día, ¿cierto? —preguntó Joana, acercándose un poco más a él.

—Ajá —dijo él con desinterés.

—Pipe, ¿por qué no hacemos algo en su casa estos días? Invite a Sierra y yo invito a una amiga. ¿Le suena?

—Puede ser. Tengo que ver si mañana estoy solo... Yo le aviso. ¿Su teléfono es el que me dio ese día?

—Obvio sí. ¡Ni que no nos viéramos hace tanto, güeva! Me llama.

Felipe volvió a la casa antes de las siete. Comió una arepa con mantequilla y queso, hizo las tareas del día siguiente y estuvo viendo televisión hasta las diez. Un par de semanas antes, su mamá había contratado el servicio de cable peruano que todos sus amigos del colegio tenían desde hacía meses.

No fue difícil organizarlo todo para la noche. Tras hablar por teléfono con su mamá y comprobar que ese viernes tampoco dormiría en la casa, hizo un par de llamadas más y tuvo tiempo suficiente para sacar y volver a guardar unas cuantas veces la media.

A las ocho llegó Sierra. Para sorpresa y decepción suya, iba con Márquez. Llevaron cervezas, cigarrillos y media botella de aguardiente. Se sentaron a tomarse las cervezas y a fumar mientras llegaban las chicas. En el aire había una tensión que intentaban disimular con las bromas que se sabían de memoria.

El portero anunció por el citófono a Joana y a Diana, y la tensión volvió por un instante. Sierra, acostumbrado a llevar la delantera,

saludó efusivamente a Joana cuando ella apareció en la puerta. Márquez y Diana se lanzaron rápidas miradas de aprobación que Felipe notó con desgano. Se resignó de manera anticipada a lo que ocurriría esa noche.

Después de un par de cervezas, Márquez había dejado de hacer chistes y Sierra estaba cada vez más cerca de Joana. Felipe, consciente de su figura prescindible, comenzó a fumar en exceso, como si quisiera convertirse en humo.

Cuando Márquez propuso jugar la verdad o se atreve, los otros aceptaron con entusiasmo y Felipe accedió con menos fervor. Quien no *se atreviera* debía tomarse un aguardiente; así fueron pasando las rondas del juego: entre confesiones anodinas, mentiras obvias y los respectivos aguardientes obligatorios. Además de los chiflidos y las burlas, en las paredes rebotaban la voz de un cantante costeño y el sonido brillante del acordeón.

Por fin, encendido por el alcohol, Márquez *se atrevió*. La prueba que le asignaron fue besar a Diana, que aceptó con la condición de evitar las lenguas. Todos rieron. Felipe fue al baño y cuando volvió a la sala las dos parejas estaban concentradas de manera irremediable en los besos.

Cogió un cigarrillo más y salió al balcón. Era una noche fresca. Se le llenó la garganta con el sabor mentolado de cada bocanada y estuvo ahí unos minutos, rumiando en silencio su tedio.

De vuelta en la sala, constató que Joana y Sierra se habían ido para su cuarto. Diana intentó revivir la conversación, pero solo Márquez mostraba interés. Los tres siguieron bebiendo.

Esos minutos esperando que la pareja saliera de su cuarto parecían agua estancada. Cuando se abrió la puerta y Sierra apareció en el corredor, acalorado, Felipe los reconvino con ese tono de

la gente que se ha guardado algo por mucho tiempo. Le salieron unas palabras poco articuladas.

—Cálmese, Pipe —le dijo Joana desde el cuarto—. Venga, ¿me muestra esas latas de cerveza que tiene en la repisa?

Cualquier decisión contraria habría empeorado su situación frente a los otros, así que Felipe entró al cuarto. El aire vaporoso tenía impregnado el olor a papaya del perfume de ella y los muebles parecían flotar en la penumbra. Entreabrió la ventana.

—Pipe, no se ponga bravo que nosotros somos parceros. Venga, ¿usted de dónde sacó esas latas pues?

—Yo no estoy bravo. Me las trajo mi papá de un viaje.

—¿Un viaje a dónde?

—A Miami.

—¿Y usted ha ido a Miami?

—Hace muchos años.

—¡Es que este Pipe es burgués! —comentó ella para nadie—. ¿Y chimba Miami? Lo más lejos que yo he ido es a Tolú. Es una chimba el mar, parece.

—Sisas, el mar es bacano.

Joana interrumpió el laconismo de Felipe y cogió su cara entre las manos. Le dio un beso mientras él, por un instante, intentaba agarrar el aire. Sus movimientos eran torpes, pero ella lo fue guiando. Era la primera vez que él sentía al mismo tiempo la firmeza de la carne y la suavidad de una lengua.

Estuvieron así varios minutos. Joana le metió la mano en el *jean* ancho y le agarró el miembro erecto, que oscilaba como un parabrasis dentro del bóxer. Alcanzó a agitarlo solo un par de veces antes de sentir el olor a blanqueador y el líquido caliente en la palma de la mano.

Hubo un silencio.

Felipe bajó los ojos, pero Joana le habló casi al oído:

—Tranquilo, Pipe, eso pasa... Mi novio está en el ejército y cada vez que vuelve de por allá se viene de una... Si quiere quedémosnos aquí, para que esos manes no lo chimbeen.

Joana se limpió la mano en la sábana y se acostó.

—Yo no sabía que usted tenía novio —dijo él.

—Eso es mera vuelta, Pipe, porque él casi no viene por acá. Usted no tiene novia, ¿cierto?

—No, ya no —mintió él—. ¿Y dónde se conocieron?

—Es del barrio. Lo conocí en un baile de la cuadra. Cuando quiera lo invito a uno de esos parches. ¿Cae o qué?

—Puede ser.

—¿Y sí lo dejan?

—Qué güeva —respondió él con la voz apagada.

—Oiga, ¿y usted vive solo con su mamá?

—Sisas.

—¿No es muy peye no tener hermanos? A mí me gusta tener hermanitos, parce, así me toque cuidarlos a veces.

—Estar solo es bien.

—¿Y su mamá qué hace?

—Trabaja en una ONG.

—¿En dónde?

—En una oficina, como ayudando gente.

—¿Su papá se separó de ella hace mucho?

—Más o menos. Hace como seis años.

—Eso fijo la cascaba.

—No, solo que ya no se entendían.

—Mi papá sí le pegaba meras muendas a mi mamá cuando se emborrachaba —dijo ella, y se incorporó—. Una vez me cascó con una hebilla y mire la cicatriz tan hijueputa que me dejó. Siquiera ya no vive en la casa esa gonorraea.

Felipe contempló la cicatriz del muslo y la recorrió lentamente con el dedo.

—Yo también tengo una cicatriz, mire.

Joana acarició la cicatriz del estómago.

—¿Y eso de qué fue, Pipe? ¿Le dieron una puñalada? —Y se rio.

—Me dio apendicitis —respondió él.

—¡Qué caja esas cosas que les dan a ustedes, parce!

Permanecieron acostados conversando mientras las luces de los otros apartamentos se iban apagando tras la cortina.

Al salir del cuarto ya no había música y los otros se habían ido. Felipe acompañó a Joana hasta la puerta.

—Ey, Joana, todo bien.

—Bacano, Pipe. Estos días parchamos. —Le dio un beso en la mejilla y se fue.

Felipe recogió las copas y vació los ceniceros. Apagó el equipo de sonido, organizó los cojines del sofá y miró por el balcón. Joana caminaba con firmeza hacia la portería, sin mirar atrás.

Durante la semana siguiente, fue todos los días a la tienda, inventándose cualquier excusa para hacerlo. Allí permanecía en el muro, esperando, pero ella nunca apareció. Solo el jueves, tras cruzar la portería de su unidad, vio que ella estaba conversando en la tienda con un hombre joven de brazos fuertes y cabello corto, al estilo militar. Cada palabra que él decía parecía ser un chiste muy agudo, a juzgar por las carcajadas de ella.

Entonces, con las manos vacías, se devolvió para el apartamento.

El viernes por la tarde, Felipe, Sierra y Márquez estaban conversando en una silla del parque del barrio. Había una cancha de básquet y al lado un enorme tulipán africano repleto de flores naranjas.

Joana y Diana los vieron desde lejos y cruzaron la cancha para saludarlos.

—¡Uyuyuy! —exclamó Márquez al verlas venir.

—¿Qué más, muchachos, bien o no? —saludó Joana.

Sierra, imitando burlescamente la entonación, les dijo:

—Mochachas, mochachas... ¿por qué no nos vamos para la casa de Pipe a hablar un rato como el otro día?

Había cierta violencia en la entonación y Diana lo sabía.

—Oigan a este, ¿usted qué o qué? —dijo ella.

—¡Ay, es que somos unas damas! —siguió Sierra burlándose, mientras movía las manos—. ¿Qué tal estas grillas, parece? —preguntó retóricamente, dirigiéndose a Márquez—. ¡Ábranse entonces, perras! ¡Suerte pues!

Joana escrutó a Sierra y a Márquez, y les dijo con desprecio:

—¡Qué va! Ustedes lo que son es unos guaches, unos hijitos de papi y mami, gonorreas.

—Somos unos guaches, unos maleducados, mochachas —continuó Sierra, moviendo la cabeza de lado a lado y blanqueando los ojos.

Márquez se reía y Felipe evitaba mirarlas. Joana lo advirtió.

—¿Y sabe qué, Felipe? —le dijo, mirándolo a los ojos y señalándolo dos veces a la cara con el índice—. Usted...

Hubo un destello de pánico en los ojos de él.

—¡Usted es una güeva igual a estos pirobos!

Joana y Diana se dieron la vuelta y se fueron. Sierra y Márquez estallaron en carcajadas.

Felipe permaneció mudo. Luego fingió una sonrisa para sus amigos y les gritó a las chicas que se alejaban caminando:

—¡Qué va! ¡Pobretonas!



El falsificador

Y ese viento que trae la muerte eres tú.

Rodríguez

HACE UN MES RECIBÍ UN MENSAJE DE PETETE (NO SÉ cómo consiguió mi correo electrónico). Era una invitación a una fiesta de egresados del Colegio Pedro Canisio. Estuve tentado a borrarlo al ver el nombre del remitente y el asunto («Vamos a beber hijueputa!»), aunque terminé leyéndolo con resignación, recordando los chistes repetidos de los años colegiales. Al final, después de despedirse, mi excompañero escribía esta lacónica posdata: «Supiste que mataron a Guevara? Estaba viviendo en Montreal y le dieron unos tiros. Quién sabe qué estaría haciendo. Ustedes no eran amigos?».

No sé si “amistad” sea la palabra más precisa para nombrar la corta e intensa relación que nosotros tuvimos. Después de la fiesta de graduación no volvimos a hablar. Yo me fui a estudiar a Inglaterra y no lo busqué nunca más, pero la noticia de su muerte me hizo vomitar. Es triste que una persona como Vicente Guevara ya no esté viva, y además es ridículo que un colombiano muera a tiros en Canadá y no en Colombia.

La primera vez que lo vi fue una mañana de 1999. Él había entrado al último año tras ser expulsado de otro colegio. El nuestro, de curas, era bastante tradicional y nunca recibía a estudiantes nuevos (mucho menos para el último año), de modo que esa excepción nos hizo pensar a todos que la familia de Vicente era rica. Él me dijo que le solicitó una entrevista personal al rector y le explicó por qué quería estudiar con nosotros y por qué pensaba que los jesuitas eran la piedra angular de la educación en el país.

Después de esa muestra de fervor y conocimiento —y, posiblemente, tras comparar a Guevara mentalmente con cualquiera de nosotros, que apenas si cantábamos con desgano unos fragmentos del himno del colegio ante la mirada atónita e iracunda del hermano Alfredo—, el rector Jiménez lo admitió.

Nunca supe por qué lo habían echado del otro lugar: a mí me dijo que había perdido Trigonometría y Física, las materias que más dificultad me daban, pero a Camello y a Hernández —los chicos malos entre nosotros— les dijo que había llevado una navaja, por error, a su antiguo colegio. Con el tiempo fui descubriendo que Vicente siempre complacía a su interlocutor sin que pareciera estar fingiendo.

Esa mañana de 1999 se jugaban los primeros interclases del año y yo estaba viendo un partido de basquetbol entre el equipo de 11-C y el de 10-B. En el equipo de los nuestros jugaba Latón, que tenía montículos de acné sobre más montículos de acné. Era difícil mirarlo sin sentir tristeza y algo de miedo. Durante el partido recibió un balonazo y algunas de las pústulas reventaron. Él se tomó la cara entre las manos y comenzó a gritar: «¡Mi cara, mi cara!».

Nadie se rio, pero nadie fue a ayudarlo salvo el chico nuevo. Algo en su mirada lo hacía ver más alto de lo que era, como remotamente alto, y sus maneras revelaban cierta mansedumbre

que casi podía confundirse con torpeza. Era Vicente. Tenía el pelo crespo, no muy abundante, los ojos grises y algo apagados, y una barba que lo envejecía un par de años. No parecía pertenecer a ninguno de los grupos más bien definidos que existían en el colegio: ni al de los ganadores, que llevaban el pelo recto arriba y al rape a los lados, ni al de los perdedores, que parecían manufacturados con esmero por sus mamás.

Vi la escena desde lejos: Vicente se acercó a Latón y le separó las manos de la cara, lo estuvo revisando unos segundos, sacó una camiseta de su morral y lo limpió. Latón se fue tranquilizando hasta que el juego se reanudó y Vicente fue al baño.

Entre nosotros, después de trece años juntos, la única forma de sobrevivir a la hostilidad mutua era practicar la crueldad o la indiferencia, de modo que la figura de ese grandulón ayudando a otro grandulón lagrimoso era inédita. Aquello fue como una revelación: solo entonces supe que existía un mundo distinto al mío.

Al poco tiempo lo volví a ver, en el metro. Cada día, después de clase, yo debía cruzar toda la ciudad desde la estación Estadio hasta la estación Ayurá. Un viaje de cuarenta minutos. Usualmente iba de pie, al final del vagón, escuchando música. Vicente se acercó y me dijo algo, pero yo no le entendí. Me quité los audífonos y repitió tranquilamente lo que acababa de decir: «Me gusta cómo se ven las montañas desde el metro. Parecen paredes ásperas. Son muy bonitas». Lo dijo sin énfasis, con una viveza presente, pero que parecía venir de muy lejos. Yo le dije algo como «Las montañas son bacanas, pero no puedo dejar de ver la basura que hay a lado y lado del río».

Él sonrió, me estiró la mano y se presentó. Recuerdo que tenía los brazos fuertes y las manos muy grandes. Al notar lo pequeña que era la mía, sentí vergüenza y pensé que yo podía caber entero

en la suya. La extrañeza por las palabras que usaba no fue menor; yo nunca había oído que nadie dijera «bonito» (salvo a mis tías cuando hablaban de algún sobrino) y la palabra «áspero» tal vez la había leído en algún libro, pero nunca se la había oído decir a nadie. En cuanto a la entonación, me dio la impresión de que Vicente era una persona de otro lugar, sin que pudiera precisar con certeza de dónde. No atropellaba las palabras ni pretendía hablar como una persona de clase popular (algo usual entre nosotros). Lo que quiero decir es esto: Vicente Guevara, con sus dieciocho años, parecía ser consciente de sí mismo, parecía ser consciente de que era un ser que hablaba y que, como tal, debía buscar las palabras que más se acercaran a lo que era o creía ser.

Tal vez fue la combinación de esas palabras lo que me desarmó. Cuando me preguntó qué estaba escuchando, no intenté mentirle y decirle que electrónica o vallenato (la única música permitida entre los estudiantes del colegio). Lo miré a los ojos grises, casi tristes, y le dije: «Cristina y Los Subterráneos». Él se inclinó y tarareó en voz baja: «El día que yo fui feliz / nunca pensé que fuera así / y como nadie me avisó / no me di cuenta y me dormí». Volvió a sonreír y siguió mirando por la ventana. El río Medellín, con su podredumbre, corría en dirección contraria a la nuestra.

Nunca llegué a descifrar por completo el sentido que tenía su sonrisa: era difícil saber hasta dónde llegaban en él la dulzura y la condescendencia, y dónde comenzaba la ironía, si es que lo hacía. Su sonrisa era como hierba recién cortada. En ese momento supe, antes de que él se bajara en la estación Poblado y yo siguiera hasta Ayurá, que acababa de conocer a una persona peculiar, con características quizás borrosas pero únicas; es decir, que acababa de conocer a un individuo.

Nos encontramos en el metro cada tarde, durante varias semanas. El recuerdo de esos días es penetrante y bueno como un rayo de sol. De cierta forma, yo era el espectador que Vicente necesitaba, el espectador de su museo de rarezas. Él sacaba un objeto distinto que había cargado durante todo el día en su mochila, para mostrármelo, y me contaba qué era ese objeto, dónde lo había conseguido, qué características tenía y por qué le gustaba tanto. Había algo infantil en esas exposiciones.

Tenía, entre muchas otras cosas, una inmensa colección de piedras que clasificaba por tamaños, formas y colores. Una colección de fotos que había comprado en tiendas de segunda: me mostró unas que un hombre le había tomado a su esposa a lo largo de muchos años en sus viajes de vacaciones (ella sonreía en las fotos más viejas, cuando estaba más joven, y en las más recientes estaba seria, pero no parecía infeliz). También tenía un caballito de mar incrustado en una bola de plástico que simulaba una resina prehistórica. Y una pequeña rana seca que había muerto y permanecido al sol durante mucho tiempo hasta que Vicente la encontró. Y la figura de un Buda gordo y sonriente que había comprado en una anticuaria de San Antonio de Pereira («Encuentra las diferencias con el Crucificado», me dijo). Y un parche hecho a mano con la figura de E. T. («Me gusta que se esté desgastando por el uso, un día ya no va a quedar nada»). Y también: un reloj de mano en el que las manecillas estaban detenidas, pero relucían como oro («Lo encontré en la basura que estaba afuera de una casa. Tal vez sea fino... tal vez no»); una novela de un autor polaco sobre la vida de una rata («Son los animales más inteligentes de la naturaleza, aunque no sé si tanto como los caballos»); un ajedrez con todas las figuras de madera («Están hechas con palo de sangre, a mano, y el

brillo rojizo se logra después de lijarlas mucho»); una casita hecha con fichas de Estralandia («Estas fichas son mejores que las del Lego»); la pluma azul de un pájaro («Es de un barranquero, aunque la gente lo llama 'soledad'»); una ramita de lavanda («Cierra los ojos y huele»); un trompo («¡Es una metáfora!») y una cajita de música cuya tonada acompañaba él mismo con un silbido alegre y defectuoso.

Vicente Guevara no podía ser más distinto a cualquiera de nosotros. Si el proyecto adolescente de mi generación era apropiarse de unas palabras que nos aseguraran la pertenencia a la manada («parce», «chimba», «buque», «qué loca», etc.), el de Vicente era afirmarse en su peculiaridad (una tarde de muchas cervezas me reí de su forma de hablar y él se rio conmigo, y luego añadió, entre serio y bufón: «Todo lo que se siente de verdad trae palabras nuevas, *amiguito*»). Si todos nosotros parecíamos querer las mismas cosas (un carro, una novia del Colegio Mary Mount y entrar a las discotecas), el de Vicente era atesorar objetos inservibles, que lo cautivaban.

Supongo que fue esa singularidad, ajena a cualquier expresión de arrogancia —y, posiblemente, la firmeza de los brazos— lo que hizo que nadie intentara pasar por encima de él. Al poco tiempo, todos en el colegio parecían quererlo. Yo lo veía ir y venir de grupo en grupo durante los descansos.

La campana del fin de la jornada sonaba todos los días a las tres de la tarde. Yo esperaba a Vicente y nos íbamos caminando hasta la estación del metro. En breve comenzamos a tomar cervezas antes del regreso a la casa y luego ese regreso se pospuso hasta las ocho de la noche durante el resto del año. Estoy lleno de esos recuerdos.

En nuestra primera tarde cervecera le pregunté qué hacía en los descansos del colegio, hablando con personas tan distintas como Chaveta, Pollo y Telescopio, y él, restándole importancia al asunto, me dijo que les vendía contraseñas falsas, que él hacía en su casa. Es decir, les hacía un papelito plastificado con su foto, nombre e información personal, que servía como documento de identificación para poder entrar a las discotecas como mayores de edad.

La habilidad informática de Vicente se unió a la inutilidad del Estado colombiano y a la urgencia de los excompañeros por ser mayores, y Vicente se fue convirtiendo en un falsificador de renombre. Creo que a él no le importaba mucho el dinero que se ganaba vendiendo cada contraseña, sino que estaba fascinado con la posibilidad de acceder a todo tipo de grupos y hablar con los compañeros más disímiles.

Así que salíamos del colegio a las tres y tomábamos cerveza, y hablábamos hasta que el atardecer nos iba rodeando. Algunas veces nos sentábamos en las tiendas de barrio al lado de ancianos jubilados que bebían en silencio y otras veces caminábamos durante horas, antes de volver a la casa en metro. El tiempo se iba como la brisa.

Yo le decía que dios no existía, y él: «Tal vez, pero los planetas deben hacer algo en nosotros. Si alteran las olas, yo creo que también deben alterarnos». Se compraba un algodón de azúcar, se pegaba en el brazo la calcomanía que venía con el algodón y caminábamos por el estadio escuchando la algarabía de los vendedores de frutas («Yo sé que no crees en dios, pero el ruido que

hacen esos vendedores me hace pensar en los dioses antiguos»). También caminamos por el centro de Medellín mientras nos señalábamos edificios viejos: «Ese de piedra bogotana me gusta porque parece de otra parte», le decía yo. Y él: «A mí me gustan los de ladrillos, porque no parecen de otra parte». En Junín escuchábamos a un hombre ciego tocando la raspa, y comprábamos empanadas argentinas en Versalles, y bebíamos cocteles Tom Collins (él se comía la cereza del mío). «Acá venían antes los artistas y los intelectuales, pero ya no», me decía. «Un tío filósofo me dijo que Medellín, antes de la violencia, era una ciudad bohemia». Esa referencia a su tío filósofo fue lo único que supe de su familia: «Mi papá tiene unos negocios en Canadá», me dijo una vez; «Mi papá es el cocinero de un crucero», me dijo otra; y también: «Mi papá es piloto»; «Siempre te estuve jodiendo: mi papá se murió cuando yo era un niño», y «En realidad, yo nunca he conocido a mi papá». Al fin desistí de preguntarle sobre su vida personal porque nada parecía importarle menos que ella.

Aunque no le iba bien en las materias del colegio, Vicente sabía de pájaros y árboles, y parecía decir siempre las cosas por primera vez. «¿Cuál es tu fruta favorita?», me preguntó una tarde. «El banano», le dije. «¿Y la tuya?». «El mangostino». «¿Cuál es esa?». «La que parece un ajo por dentro; es blanca y dulce, muy dulce, como una guama». «¿Has probado la chirimoya? Es como el anón. La cáscara parece la piel de un cocodrilo», «¿Y la pitaya?», «Por favor no me digas que nunca has comido mamoncillo». Me habló de una especia que se llamaba eneldo y me decía que él se la ponía a todo. «¿Qué puede ser mejor que hacer algo y comértelo?». Aunque yo no sabía cocinar, él me hablaba de recetas y preparaciones culinarias: «Cocinar es muy fácil: solo hay que mezclar las cosas

que te gustan. Ese es el primer principio». Siempre les preguntaba a los vendedores ambulantes si tenían jugo de maracuyá, de lulo o de borjój, pero ellos no tenían y Vicente terminaba comprándoles limonada.

«Detesto las tórtolas», le dije. Y él: «Son tan tercas que parecen tener cierta astucia». Y seguía, durante muchas tardes: «La gente odia los gallinazos, pero es por la costumbre de odiar: yo me imagino a Ícaro como un gallinazo volando de noche», «Los gritos de los loritos alertan de la cercanía del gavián», «¿Has visto los alcaravanes? Hacen los nidos en las canchas de fútbol y atacan a los jugadores si se les acercan», «El bichofué se llama así porque grita todo el tiempo: bi-cho-fué, bi-cho-fué» (varias semanas nos fuimos caminando a la estación, antes de oscurecer, gritando por toda la acera: ¡bi-cho-fué!). «El colibrí puede volar hacia atrás», «El profesor de química es un sirirí». Una vez caminábamos por Belén Rosales cuando Vicente me detuvo: «Ese canto que se oye es de un sinsonte. Cuando está enjaulado el sinsonte sigue cantando».

Por él aprendí a identificar a los búcaros con su flor suave y rojiza, al tulipán africano («Este es el que los niños llaman pipí de bruja»), al casco de vaca («Yo creo que si uno mirara con atención, se daría cuenta de que todos los árboles se parecen a algún animal»), a la palma real, al samán, al gualanday («Cuando se caen, sus flores moradas hacen que las aceras parezcan alfombras turcas»), al guayabo de tronco liso y delgado, y al laurel («¿En serio no crees en dioses después de ver a los laureles? ¿Ni un poquito?»). Entre todos los árboles, su favorito era uno que no puedo ver hoy sin verlo a él: el carbonero («Cuando lo veo florecido, me dan ganas de llorar», me dijo como si me estuviera contando un secreto muy importante).

De modo que en las tardes del año 99 aprendí muchos nombres de plantas y pájaros, y aprendí cómo las orquídeas enamoraban a las abejas para poderse reproducir («¿No has pensado que todo en la vida es seducción?», me preguntó). Y tomamos muchas cervezas, todas, hasta que una tarde lo convencí de que fuéramos adonde las putas.

Era viernes y faltaba un mes y medio para que se acabara el año escolar. No recuerdo quién llevó la noticia al colegio, pero en todo caso se supo lo fundamental: que el putiadero se llamaba Casa Rosa, que quedaba en El Poblado y que la mejor puta era Marta porque podían entrar hasta tres chicos al tiempo con ella y a todos les cogía la verga y se las meneaba como si fuera la palanca de cambios de un auto deportivo.

Después de muchas cervezas y de mucho insistirle, Vicente aceptó ir a Casa Rosa con la condición de que los dos pagáramos (él siempre tenía plata y pagaba todo, porque el negocio de las contraseñas cada vez iba mejor; por eso, esa exigencia fue un mal augurio que no supe leer).

La casa no era rosa ni por fuera ni por dentro, sino amarilla. Al entrar, la bienvenida la daban un olor a sopa grasienta y la figura de un hombre obeso que, como adherido a un sillón desgastado, pasaba distraído los canales de un televisor. Marta no estaba trabajando ese día, me dijo una mujer mayor que administraba el lugar, pero Sandra sí. Le pregunté a Vicente si estaba bien que entráramos con Sandra y él levantó los hombros con indiferencia. Nos fuimos con ella a su cuarto.

Sandra era solo unos años mayor que nosotros y su torpeza contrastaba con las historias que yo había oído sobre Marta. Puso música romántica en una casetera que tenía sobre un tocador de madera y bailó con torpeza enfrente de nosotros. Yo estaba concentrado en sus calzones negros y en sus pezones rosados, de modo que no vi la cara de Vicente durante todo ese tiempo.

Solo cuando ella se acostó y yo salté a la cama, intentando obtener lo que en teoría íbamos a obtener, vi a un Vicente ausente que contemplaba la escena como si un incendio estuviera consumiendo todos sus objetos preciosos sin que él pudiera hacer nada. Intenté animarlo, le levanté las cejas y le bajé los calzones a Sandra —que no estaba menos ida que él—, pero después de unos minutos fue claro que nada iba a pasar entre los tres. Cuando le chupé los pezones a Sandra, como si fueran mamoncillos jugosos, Vicente estaba sentado al lado de nosotros y nos miraba sin decir ni hacer nada. Ella, en tanto, emitía unos gemidos maquinales e inverosímiles.

«Ya está, vámonos», dije con disgusto. Él se paró, me dio la mitad del dinero y salió. Yo lo alcancé cerca de la entrada de la casa y nos fuimos caminando en silencio hasta la avenida. «Ese punto que se ve en el cielo es Marte», me dijo, «ese de allá, el rojo».

Durante las dos semanas siguientes, Vicente nunca apareció después de clase para que continuáramos con nuestras cervezas y nuestras tardes. Yo lo veía con los mismos grupos de estudiantes durante los descansos, comerciando sus contraseñas, y él me saludaba desde lejos al cruzarse con mi mirada. Nada más.

Quise saber qué le pasaba y lo intercepté en un pasillo. «No pasa nada», me dijo, «es solo que mi papá ha estado muy enfermo y he tenido que ir al hospital a acompañarlo». Yo sabía que cualquier indagación adicional era inútil, y apenas me atreví a pedirle perdón sin saber exactamente por qué. Él, organizando una carpeta que tenía en las manos, me dijo: «No pasa nada, *amiguito*» (esa vez el énfasis no fue festivo, sino triste).

El profesor Jaramillo pasó a nuestro lado mientras yo pedía perdón y Vicente organizaba sus papeles. En medio del trámite o la confusión, las contraseñas cayeron al piso y quedaron esparcidas sobre el baldosín gris y viejo. Jaramillo las cogió, las examinó rápidamente y le dijo a Vicente que debían ir a la oficina del rector porque aquello era un delito. «Déjame explicarte, profesor Jaramillo, no es lo que crees», le dijo Vicente, pero Jaramillo lo contuvo: «Yo te conozco, Guevara, las mentiras se las intentás meter al rector. Vos venís conmigo».

Supimos al día siguiente cuál había sido la determinación del rector Jiménez: no iban a emprender acciones legales contra Vicente, pero no le permitirían volver el resto del mes al colegio ni podría asistir a la ceremonia de graduación con nosotros. En cambio, le asignaron unas tareas para hacer en su casa y le dijeron que el título de bachiller lo podría reclamar por ventanilla. Lo condenaron, pues, a una suerte de ostracismo casero.

No intenté buscarlo esos días de su exilio escolar y solo supe por rumores que, aunque no iría a la ceremonia oficial de grado, al parecer sí lo haría al baile del día siguiente. Esa fue la última noche que lo vi.

No recuerdo que estuviera desde el principio de la fiesta, que marchó regularmente como toda nuestra vida en el Pedro Canisio: bailábamos un merengue, nos sentábamos; bebíamos un aguardiente, nos íbamos a la pista; bailábamos música electrónica en pequeños grupos, nos sentábamos; nos tomábamos otro aguardiente, y así. No sé cuántos aguardientes me habría tomado cuando salí del baño y vi a Vicente Guevara bailando salsa en medio de la pista. La voz de Henry Fiol se escuchaba en todo el salón («Y cuando caemos no tenemos excusa...», cantaba Fiol, como si estuviera a punto de morir).

Vicente estaba en medio de la pista con su figura vibrante; lo iluminaba todo, como la mañana en que ayudó a Latón o como todas las tardes en que me mostró los árboles y me enseñó sus nombres.

Solo podía ser así: Vicente Guevara bailaba mejor que todos nosotros. Bailaba sin parar, con todas las parejas. Bailaba como si no supiera bailar, pero sabía. O sabía algo que nosotros no (que yo no). Lo estuve viendo bailar muchas canciones desde mi mesa, admirado, aunque tengo la impresión de que la única canción que sonó el resto de la noche fue la misma.

Fui al baño y desde adentro seguía oyendo la voz metálica de Fiol: «Tantas vueltas, tantas curvas, te ponen la mente confusa». Vicente Guevara apareció a mi lado, mirándome mientras yo me veía en el espejo e intentaba parecer menos borracho. Yo tenía los ojos rojos por el aguardiente. Le dije: «Pensé que no ibas a venir». Él sonrió y me agarró de los hombros con las dos manos enormes. Sentí que me levantaba del piso. Me apretó con fuerza, como lo hacían mis tíos cuando era niño, y no dijo nada. Luego sacó una bolsita del bolsillo de la camisa y una cucharita diminuta, que

seguramente le fascinaba por su forma y su tamaño minúsculo. Una reliquia sacada quién sabe de dónde. Metió la cucharita en la bolsa, la sacó, me la acercó a la nariz y me dijo: «Y ahora: ¡volvámomos famosos!». Aspiré el perico y salimos del baño, él directo a la pista y yo directo a mi mesa.

Entramos y salimos del baño muchas veces. Yo debía parecer un bichofué con insomnio. «Agarrate, agarrate, agarrate, agarrate, es una montaña rusa...», seguía Fiol. Serían las dos de la mañana cuando la bolsa estaba casi sin polvo. Él metió la cucharita por última vez, me la acercó y dijo, muy solemne: «El cuerpo de Cristo». Y yo: «Amén». Y añadí, después de aspirar: «La próxima semana me voy para Inglaterra». Y él, riéndose, cantó: «Dile a papááá, que me voy de la ciudad...». Y yo: «Dile a los chiiiiicos, que no volveré más». Nos reímos y él me cogió por el cuello. Lo abracé y le mordí el hombro. Sentía un taco en la garganta.

Vicente tuvo que inclinarse mucho para que pudiéramos besarnos. Su barba me chuzaba los labios y parte del mentón. Nuestros dientes se entrechocaban y dolían, y las bocas sabían a anís mezclado con Aspirina. Y Henry Fiol se oía muy lejos, como dentro de un tubo, «Baja y sube, sube y baja, baja y sube, sube y baja, baja y sube».

Sabaletas

A Jairo Alarcón.

I

JOSÉ HILARIO SE INCORPORÓ CON DIFICULTAD EN LA cama y vio su rostro desfigurado en los orines turbios de la bacinilla. En la casa solo se escuchaban los últimos ronquidos de María Eugenia y los gritos lejanos de los bichofué. Durante unos segundos estuvo ahí sentado, viéndose sin ver.

Cogió la bacinilla y fue hasta el baño como si estuviera caminando sobre una cuerda floja. Descargó en el sanitario y miró hacia la cama.

—Voy a afeitarme —le dijo a María Eugenia, que acababa de abrir los ojos.

—Otra vez estuvo dando vueltas toda la noche y no me dejó dormir —se quejó ella con la voz ronca—. Ya bajo a prepararle el tinto.

Después de la jubilación, José Hilario había conservado sus costumbres puntuales. Se despertaba, se afeitaba, se tomaba un

café y salía a hacer ejercicio. Las costumbres de ella eran igualmente puntuales, pero no tenía ni tendría una jubilación.

José Hilario miró en el espejo su rostro ausente. Con la mano temblorosa fue maniobrando la cuchilla y retirando los pelos diminutos y blancos. Tras los años, la ejecución era cada vez más torpe y sobre su piel quedaban parches esporádicos de pelos que él no veía, pero María Eugenia sí.

Salió del baño y se puso la ropa deportiva. Aunque la panza se forraba en la camiseta blanca como un bombón enorme, en sus pantorrillas y muslos firmes se adivinaba una figura atlética, ahora eclipsada por el tiempo.

—Acuérdese de tener cuidado con los carros —le dijo María Eugenia en la cocina al ofrecerle la taza de café.

—Ni que fuera un niño...

—Uno no tiene que ser un niño para tener cuidado —insistió ella.

José Hilario terminó el café.

—No... pues... ¡habló la Biblia! —exclamó, y le extendió la taza.

María Eugenia lo miró a los ojos grandes, glaucos y apagados, y añadió con desgano:

—En la Biblia no hay carros.

Él giró y salió de la casa sin despedirse.

Después de cerrar la puerta y avanzar un par de metros, miró hacia atrás y contempló por un momento la casa: de cierta forma, esos dos pisos de piedra bogotana, en Rosales, eran como una escultura de su vida. Sus recuerdos familiares, cada vez más esquivos, habían transcurrido en ese lugar. Ya solo quedaban María Eugenia y él.

El césped del antejardín estaba corto y limpio; el perro que se venía cagando en él había muerto envenenado: José Hilario lo mató. La semana anterior había metido treinta miligramos de estricnina en un rollo de carne molida que dejó al lado del carbonero del antejardín y se fue a hacer ejercicio a la unidad deportiva de Belén.

II

Desde la cocina, María Eugenia vio salir a José Hilario y lavó la taza de peltre con jabón y una esponja. La vajilla alemana permanecía guardada en un aparador que solo abría una vez al año, en el Día de la Madre. Por lo demás, esa taza hacía juego con el resto de los enseres: con el sofá de tela raída y el sillón de cuerina donde José Hilario se recostaba toda la tarde a ver partidos de fútbol en la televisión; con las cortinas polvorientas del primer piso y las persianas metálicas del segundo —destrozadas en los extremos por el uso continuo de otros días—; con las cacerolas deformes y ennegrecidas por el contacto con la estufa; con los vasos de vidrio, que antes eran recipientes de mermelada; con las cobijas de poliéster, el cuchillo con el mango de plástico ajado y los cuadros de antiguos paisajes romanos.

Al ver la fachada impecable de la casa, nadie hubiera imaginado el estado de su interior; era como un hidalgo venido a menos, dueño de un solo traje viejo y lustroso. La pintura de las paredes no era uniforme y en todas partes se veían remiendos. Varias humedades coronaban los techos y en el segundo piso había baldes que cambiaban de lugar cada semana, dependiendo del lugar adonde se mudaran las goteras.

—Ma, contratemos a alguien para que pinte la casa y arregle el techo —le dijo hacía poco una hija a María Eugenia.

—Si su papá dejara... —respondió ella.

—¿Qué dice él?

—Que toda la vida ha pintado la casa y que no le va a pagar un peso a nadie para que haga mal las cosas.

—¡Peor que esto no puede quedar!

—Él ni se da cuenta de lo que hace. Un día lo vi poniendo estuco encima de una pared que acababa de pintar...

—¿Usted qué le dijo?

—Que estaba haciendo las cosas al revés.

—¿Y él qué dijo?

—Lo de siempre... «¡Habló la Biblia!».

María Eugenia desayunó y subió al cuarto. Sacó del armario la ropa que José Hilario se pondría ese día: unas bermudas café y una camiseta de rayas horizontales azules. Puso el conjunto en la cabecera de la cama con delicadeza y entró al baño. Iban a ser las siete de la mañana.

Bajo la ducha, el agua helada cayó sobre su cabeza. El calentador se había dañado hacía meses y no lo habían reparado; a José Hilario le gustaba bañarse con agua fría y ella se convenció a sí misma de que no tener calentador podría ahorrarles unos pesos. Además, pasar demasiado tiempo bajo el agua tibia no le parecía correcto.

Cogió el estropajo y el jabón de tierra, y comenzó a frotar mecánicamente su cuerpo, mientras miraba los azulejos que tenía enfrente. La piel de su figura menuda estaba repleta de pliegues y lunares; hacía años que nadie, aparte de ella, sentía la textura de su superficie.

Tras secarse rápidamente con una toalla pequeña y rugosa, comenzó a peinarse. Al terminar, quitó los pelos del cepillo, hizo un ovillo y lo arrojó al inodoro. Luego suspiró y lavó la máquina de afeitar y la brocha sucia que José Hilario había dejado junto al lavamanos. Al lado de la cama, se abotonó sin prisa el vestido largo de flores.

Caminó por el pasillo hasta el cuarto de coser. Le dio un vistazo a cada una de las cinco habitaciones. En todas ellas las persianas permanecían cerradas y la luz se colaba por las ranuras metálicas; en todas había objetos cubiertos de polvo: camas donde nadie dormía, escritorios donde nadie estudiaba, repisas sin libros. María Eugenia tuvo la sensación de estar contemplando la foto en blanco y negro de un desierto.

Al frente de la máquina Singer, recomenzó su trabajo. En otra época, la confección de esa camisa diminuta le hubiera tomado una mañana, pero la atención que le demandaba José Hilario había retrasado la tarea casi una semana. Solo tenía poco menos de una hora diaria para coser.

La aguja de la Singer parecía un pájaro carpintero y el traque-teo retumbó en el pasillo.

Cuando dio las últimas puntadas miró el reloj de pared. Era de plástico y tenía la marca de una compañía de leche bajo las manijas. Marcaba las nueve de la mañana y José Hilario no había regresado.

Bajó las escaleras y fue hasta la puerta. Por la calle estrecha, entre casas apretadas a ambos lados, pasaba cansinamente un vendedor que empujaba una carreta de madera llena de aguacates erguidos como soldados. José Hilario no estaba por ningún lado. En la puerta del garaje seguía pegado el papel escrito a mano por él: «No soy un parqueadero público».

María Eugenia cerró la puerta y se quedó allí, paralizada, sobándose el mentón con el dedo índice. Sintió el contacto de un par de pelos rebeldes. ¿José Hilario se habría encontrado a alguien en el camino? ¿Se habría quedado de nuevo en la tienda de Agustín, importunando a los otros viejos? ¿Lo habrían secuestrado? En ese caso, el problema era para los secuestradores, porque él ya había olvidado el número telefónico de la casa.

De todas formas, media hora de retraso no era razón suficiente para comenzar a hacer llamadas. Los seis hijos trabajaban y ella podía prever la aspereza de las palabras cuando les dijera que estaba preocupada por José Hilario. No sabía en qué momento sus palabras habían comenzado a ser irritantes como la ortiga.

Encendió el radio y caminó desde el patio hasta la puerta de la casa y desde la puerta de la casa hasta el patio, varias veces. En las noticias anunciaban el asesinato de un humorista bogotano, pero ella no logró identificar de quién se trataba. Cuando pensaba en humoristas, lo único que se le venía a la cabeza era la cara de Cantinflas. Sonrió recordándolo. Además, en los últimos veinte años habían matado a tantas personas famosas, entre políticos, futbolistas y periodistas, que era difícil saber quién era cada uno o sentir tristeza al escuchar el nombre de un muerto nuevo.

A las diez sonó el timbre y María Eugenia se apresuró a abrir. No pudo reconocer, por la mirilla, de quién se trataba. Desde la ventana tampoco pudo identificar la figura.

—¿Quién es? —preguntó desde adentro.

—Doña María Eugenia. Soy yo, Simón. ¿Tiene un pan que me regale?

—Ya se lo traigo, mijo.

Fue a la cocina y volvió con un pan y un vaso de leche. Simón estaba más sucio que de costumbre y María Eugenia tuvo que extender todo el brazo para alcanzarle la comida con la punta de los dedos.

—Hace rato no pasaba por acá —le dijo ella.

—He estado ocupado, doña María Eugenia —dijo él, atragantado de pan.

—¿Ocupado? Yo sí sé ocupado haciendo qué. Mire como tiene esas uñas. ¡Negras!

—¿No ve que yo soy negro, doña María Eugenia? —dijo él, riéndose como con hipo.

Ella lo contempló mientras comía. Luego le dijo, mirándolo a los ojos:

—No me vaya a pedir plata para gastársela en vicio, Simón.

—¿Cómo se le ocurre, doña María Eugenia! Pero venga, ¿me puede regalar otro pan?

Ella entró, corrió el pestillo, fue a la cocina y regresó.

—Tenga —le dijo al volver. Y añadió con voz menos enfática—: Simón, ¿usted de pronto vio a José Hilario esta mañana?

Él no levantó la mirada.

—A la única persona que he visto por acá es a doña Fanny con el perrito y me tuve que cambiar de acera porque ese animal me ve y me quiere comer vivo. ¿Se le perdió don José Hilario?

—Salió a comprarme un cilantro y se está demorando —mintió ella—. Debe estar que llega.

—Me lo saluda, doña María Eugenia —dijo él, y le extendió el vaso vacío.

Llevó el vaso a la cocina, lo lavó y lo guardó en la alacena destinada solo para él. Luego fue al baño y se lavó las manos con vehemencia. En la pared, encima de la jabonera de plástico que tenía

unas protuberancias en punta para que el jabón no se deslizara, José Hilario había pegado otro papel: «No me chuce».

Había comenzado a poner instrucciones y advertencias por toda la casa hacía un par de meses. El del garaje fue el primero. Lo puso una tarde, después de hacer la siesta y descubrir, entre incrédulo y furioso, que afuera estaba parqueado un Renault 18 desconocido. Esperó una hora al conductor.

—Era un negro hijueputa —le dijo a María Eugenia en las escaleras cuando el auto dobló la esquina.

—¿Y usted por qué está temblando así? ¿Lo amenazó?

—¡Qué me iba a amenazar! Le dije que esta casa no era la casa de él y que se llevara esa chatarra.

En la parte trasera del control remoto decía: «Déjame en mi sitio». En el teléfono de disco, «Cuélgame bien». Incluso el *Diccionario enciclopédico Larousse*, que solo usaba él, lucía un «No me rayes».

María Eugenia no sabía si aquellos mensajes estaban destinados a una eventual y molesta visita, o si se los enviaba a ella con el ánimo de fastidiarla, como cuando dijo que él iba a votar por los liberales. O si, más bien, eran orientaciones que un José Hilario momentáneamente lúcido le enviaba al José Hilario desorientado del futuro. No estaría mal apropiarse ella misma del recurso y coserle en la parte trasera de la camiseta un «Devuélvame a mi casa».

A las once de la mañana se percató de que la preocupación por José Hilario y la conversación con Simón la habían retrasado en la preparación del almuerzo. Partió un par de papas, una yuca, una zanahoria, y lo metió todo en una olla a presión con dos porciones de carne y agua. En breve, el ts-ts-ts de la olla inundó toda la casa. Tal vez José Hilario llegara con hambre.

Fue hasta el gabinete de madera y abrió un cajón. Levantó un par de fórmulas médicas amarillentas y sacó una caja de almendras confitadas marca Italo, que racionaba como si fueran las últimas provisiones después de un naufragio. La caja todavía estaba en su envoltorio de papel celofán. Se llevó una sola almendra a la boca.

¿Y si José Hilario no regresara nunca? ¿Si, simplemente, desapareciera? La casa era demasiado grande para ella, pero no estaba dispuesta a perder su poca independencia yéndose a vivir con una hija. Tal vez podría vivir con sus dos hermanas, aunque es verdad que a Nora le daban ataques de pánico y se encerraba en el baño con un tenedor, gritando desde adentro que la querían secuestrar y que si abrían la puerta se mataría. La vida con José Hilario tampoco era fácil; algunas veces, por las noches, lo asaltaba el deseo, pero el miembro le colgaba flácido como una gelatina de pata y él la acusaba a ella por su propia frustración. Tampoco jugaban cartas porque él había olvidado las reglas y se impacientaba cuando ella intentaba recordárselas. En fin, las certezas ya no le pertenecían a él, sino que María Eugenia estaba al mando, aunque tenía que simular que no lo estaba para evitarle una deshonra.

Él comenzaba a reconocerse como un recuerdo remoto de sí mismo, un tren que se pierde a lo lejos. En cuanto a ella, la notificación definitiva de la situación la tuvo quince días antes de esa mañana en el consultorio de un neurólogo, adonde fueron por la insistencia de uno de sus hijos, que se percató de la frecuencia con que José Hilario se ponía las camisetas al revés.

Sin mayores explicaciones, el médico los saludó apresuradamente y comenzó a hacerle preguntas a José Hilario.

—¿Usted cómo se llama?

—José Hilario Uribe —dijo él, sin titubear.

—¿Dónde vive?

—En... Belén.

—¿Cuál es el número telefónico de su casa?

—Dos sesenta y ocho, sesenta y ocho... eh... no me acuerdo.

—Miró confundido a María Eugenia.

—¿Usted cómo se llama? —volvió a preguntar el médico, como si acabaran de empezar la sesión.

—José —respondió él, sin inmutarse.

—¿Cuántos años tiene?

—Ochenta. No, no. Setenta y seis. ¿En qué año es que nací yo, hija?

—¿Cuál es el teléfono de su casa?

—Dos cincuenta y cinco, setenta y dos, veinte.

—¿Cuál es su profesión?

—Odontólogo.

—¿Dónde tiene el consultorio?

—En... en Belén.

—¿Cómo se llama el barrio donde vive?

María Eugenia los miró a los dos y carraspeó.

—Se llama San Ignacio —dijo él.

—¿Cuál es el número telefónico de su casa?

—No me acuerdo, es que nunca llamo —dijo, y sonrió como pidiendo compasión.

El médico se dirigió a María Eugenia. Mientras señalaba a José Hilario que estaba concentrado en los diplomas de la pared, le dijo:

—Mire, el paciente no se da cuenta de lo que pasa y no hay nada que hacer. Su memoria es como agua. Yo le recomiendo que le ponga mucho cuidado y no lo deje salir solo de la casa.

Ella le agradeció y salió del consultorio agarrando de gancho a José Hilario.

—Este consultorio se parece al mío —comentó él.

María Eugenia fue al patio y miró a través de las rejas altas. Era un día azul. Susurró algo entre dientes y fue hasta la sala. Descolgó el teléfono, marcó un número y dijo, después de un par de segundos:

—Mija, soy yo. No se vaya a asustar. Creo que a su papá le pasó algo.

III

Esa mañana, José Hilario caminó con ritmo marcial hasta la unidad deportiva de Belén, haciendo breves pausas para estirar los brazos e intentar llevar cada pie hasta el glúteo. Permanecía erguido por un segundo sobre la acera, como un flamenco, se tambaleaba y reanudaba la marcha.

Las calles de Rosales estaban vacías. Solo se veían las fachadas silenciosas y distintas: la de ladrillo de los Vásquez; los grandes ventanales enrejados de los Calle, con las cortinas siempre cerradas; el segundo piso en granito de los Mejía; las losas en mármol gris de los Acevedo y la fachada de los Mesa, en la que se estaba cayendo el revoque por la humedad y ante la que José Hilario cada mañana hacía un gesto de desaprobación.

Se detuvo en el semáforo de la calle 30 y vio las montañas abrazando el valle. Eran duras y hermosas; si las contemplabas por largo tiempo, comenzaban a ahogarte. Respiró profundo y apuró el paso hasta que llegó a la pista de la unidad deportiva.

Aunque intentaba trotar con regularidad, al cabo de unos minutos lo vencía el cansancio y tenía que resignarse a caminar. ¿Por qué no era capaz de mantener el ritmo? Solo fumaba un Marlboro, después del almuerzo, que María Eugenia le llevaba hasta el sillón con un café. ¿O eran dos cigarrillos?

—Buenos días —le dijo a un hombre un poco más joven que pasó al lado suyo, y apuró el paso para trotar a su lado.

—Buenos días —le dijo el otro, escuetamente.

—Negro, permítame te digo —le dijo José Hilario, jadeando un poco.

El otro se detuvo, con impaciencia contenida.

—Sí, dígame.

—Negro, no es por molestarte, pero déjame darte un consejo.

—Lo escucho —lo apuró el otro.

—Noté la forma en que apoyas el pie mientras trotas y estás cometiendo un error —dijo profesoralmente José Hilario—. Cuando apoyas, estás pisando con el talón y te vas a dañar las rodillas. Tienes que intentar hacerlo así... —Y comenzó a hacer un movimiento con la palma de la mano derecha sobre la izquierda, imitando la ortodoxia de un pie al correr.

El hombre lo miraba resignado.

—Te lo digo porque el doctor me lo enseñó a mí, es por tu bien —concluyó José Hilario.

El otro trotó en el mismo sitio, sin moverse, complaciéndolo.

—¿Así está mejor? —le preguntó.

José Hilario aprobó el movimiento.

—Perfecto. Feliz día, señor. Muchas gracias.

El hombre se alejó rápidamente.

—Es con gusto. ¡Yo me llamo José Hilario! —gritó a la espalda del hombre.

—¡Gracias, gracias! —dijo el otro desde adelante, saludándolo con la mano.

José Hilario siguió con su rutina y vio una avioneta aterrizando en el aeropuerto contiguo a la unidad deportiva. Cada mañana recordaba, al trotar, que ahí se había matado Gardel cuando él tenía quince años. Aunque no era aficionado al tango ni podía cantar una estrofa entera de una canción de Gardel, siempre lo imaginaba adentro de la avioneta, de pie, usando un traje y un sombrero, cantándole al piloto antes de estrellarse: «Adiós, muchachos, compañeros de mi vidaaaa...».

Adelante, una pareja discutía. La bicicleta de ella estaba en el suelo y él, sin bajarse del todo de la suya, gesticulaba acaloradamente con las manos.

José Hilario pasó a su lado y exclamó, haciendo todo lo posible para que lo oyeran:

—¡Eran dos en el Paraíso y no se entendieron!

El hombre quiso decirle algo, pero la mujer lo contuvo torciendo los ojos y señalando al viejo con la cabeza.

Al terminar de ejercitarse, se fue a descansar a la sombra de un samán antes de volver a la casa. Una enfermera cuidaba a un hombre, en silla de ruedas, que recibía el sol. Era varios años menor que José Hilario, pero tenía la piel escurrida y le colgaba de los huesos que parecían ganchos de ropa. Los anteojos redondos, de carey, agrandaban sus ojos amarillos y hermosos.

Después del saludo protocolario, José Hilario no se aguantó más:

—¿Puedo preguntarle de qué está enfermo?

El hombre, que se llamaba Wilfor, se esforzó un poco para hablar, aunque no evitó la conversación.

—Tengo cáncer.

José Hilario lo miró como contemplando un recuerdo.

—A mi hermano Fernando le dio cáncer cuando tenía diecinueve años —dijo—. No decía marico, ni joder, y le dio cáncer en los huesos. Se lo llevó en dos meses. Por toda la casa se oían sus lamentos desde el segundo piso. Gritaba: «¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!». Nosotros subíamos a su cuarto y le hundíamos un dedo en el muslo y la piel se le quedaba como una espuma con la forma del dedo. Entonces salíamos corriendo a jugar y él empezaba a quejarse otra vez. «¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!».

Se detuvo, inconsciente de la impertinencia, pero absorto en la imagen de su hermano. Wilfor lo miró desde la silla de ruedas, sereno y con la mirada nítida como un girasol.

—A mí no me duele nada —dijo Wilfor—. Pero creo que no voy a poder hacer el programa de tango la próxima semana. —Se acarició la cabeza pelada con la mano derecha, el único miembro robusto que le quedaba en el cuerpo consumido.

José Hilario volvió en sí.

—¿Eres periodista?

—No, soy profesor, pero tengo un programa de tango en la emisora de la Universidad de Antioquia.

—¡Me encanta hablar con profesionales! Yo soy egresado de la Universidad de Antioquia. Generación del cuarenta y seis. Me jubilé en el Seguro Social.

—Yo sigo trabajando en el Instituto de Filosofía. Es mi vida. Un colega muy arrogante decía: «¿A qué viene uno acá al Instituto? ¿A hablar con quién?». Cuando se jubiló, ¡nadie se dio cuenta!

—Yo nunca tuve paciencia para ser profesor —lo interrumpió José Hilario, que miraba una de las ramas del samán.

—En todo caso a los profesores ya no los llena el fervor, sino otras cosas, como pasear por el mundo repitiendo la misma conferencia en varios idiomas.

—*My name is José Hilario*. Eso es lo único que sé decir en inglés.

—Ahora hay muchos políglotas, pero uno puede ser una mala persona en cinco lenguas distintas —afirmó epigramáticamente Wilfor, pensando en quién sabe qué colegas.

—Así es, así es... —dijo José Hilario, aunque a esas alturas ya no era muy claro, para ninguno de los dos, qué tan presente estaba él en la conversación—. Las peores personas son los mariguaneos. Si por mí fuera, les deberían cortar las manos.

—¡Cortarles las manos! —repitió Wilfor, mientras entrecerraba los ojos—. Como hicieron los romanos con Cicerón...

—Mi papá siempre nos decía: «En esta casa, ¡ni maricas ni ladrones!». En su época la gente no fumaba marihuana.

—Yo soy más de aguardientico que de marihuana —precisó Wilfor guiñándole un ojo.

José Hilario sonrió.

La enfermera, que había estado escuchando con indiferencia la conversación mientras se limaba las uñas, los interrumpió y les informó que ya tenían que irse.

La mañana calentaba y José Hilario, de camino hacia la salida de la unidad deportiva, se distrajo siguiendo una tórtola. Hacía muchos años se veían sinsontes por allí, pero todos se habían ido cuando la ciudad se llenó de casas y de fábricas. El último sinsonte que vio estaba en el patio trasero de su casa, enjaulado y condenado

a cantar tras los barrotes. Ahora las tórtolas mendicantes llenaban las aceras buscando sobras.

Detrás de ese lazarillo emplumado, José Hilario terminó por perder el rumbo. En lugar de subir por la calle 30, en dirección al occidente, hasta Rosales, bajó hacia oriente hasta el cerro Nutibara.

Cuando era un niño, los alrededores del Nutibara eran extensas gramas desiertas y el cerro era un morro árido y despoblado, fatigado por el ganado; ahora era una protuberancia boscosa rodeada de fábricas.

Antes de llegar, José Hilario caminó por las calles estrechas de Fátima, con sus andenes sinuosos y sus baldosas irregulares, obedientes al capricho de cada casa. ¿Estaba ya en Rosales, cerca de María Eugenia? ¿Las calles de Rosales tenían el pavimento lleno de huecos como allí?

Fatigado y con sed, entró a la salsamentaria La Sensacional. Un hombre de unos sesenta años, barrigón y afable, regentaba el lugar. Con su voz aguardientosa le ofreció un vaso de agua y lo invitó a sentarse en una silla bajo un almendro.

—Yo no lo había visto por aquí antes —le dijo.

—Salí a hacer ejercicio, negro —dijo José Hilario, después de dar un largo sorbo.

Al lado suyo, un grupo de tres hombres mayores, que parecían uniformados con sus pantalones cafés y sus camisas de rayas medidas por dentro, se interesaron en él.

—Mucho gusto, Jaime Alberto Vélez —dijo el mayor, extendiéndole la mano.

—José Hilario Uribe. ¿Eres de los Vélez de dónde?

—De los Vélez de Santa Rosa de Osos.

El nombre del pueblo explotó en la cabeza de José Hilario.

—Santa Rosa de Osos —repitió, sonriente—. En Rosales tuvimos a un cura de Santa Rosa de Osos. Yo fui a confesarme con él un día y me preguntó que cuántos hijos tenía. Le dije que seis. Él me preguntó que por qué tenía tan poquitos y yo le dije que planificaba. Él me preguntó que quién me había autorizado a hacerlo y yo le contesté: «Yo uso a mi mujer cuando me da la gana, cura hijueputa», y salí del confesionario.

Los hombres lo escucharon divertidos.

—¿Y usted qué hizo? —preguntó Jaime Alberto.

—Cuando iba a salir de la iglesia pensé: «Qué tal que el Infierno sí exista y me condene...». Entonces entré a otro confesionario y dije: «Padre, acabo de insultar a otro padre». Le conté toda la historia y él me explicó que el otro cura venía de Santa Rosa de Osos y era un poco anticuado. Me mandó a rezar un par de padrenuestros y... ¡aquí estoy! —dijo triunfal, señalándose el pecho con las palmas de las dos manos.

—¿Pero usted todavía funciona? —preguntó Jaime Alberto, haciendo énfasis en la última palabra.

—¡Que si funciona! ¡Siempre tengo el pajarito contento!

Los tres se rieron. José Hilario se puso de pie, los saludó jovialmente y les notificó que María Eugenia debía estar preocupada por él, que debía marcharse y que era un gusto conocerlos.

Los hombres lo vieron alejarse hacia el Cerro Nutibara, la camiseta pegada a la espalda por el sudor y el pelo blanco y húmedo como la pulpa de un mangostino.

José Hilario llegó hasta el cerro Nutibara y lo recorrió circularmente, con tan mala suerte que en lugar de llegar hasta la avenida 33 para devolverse a Rosales, cruzó el puente de la avenida Guayabal y comenzó a internarse en el centro de la ciudad, alejándose lentamente, paso a paso, de su casa.

El sol brillaba en lo alto y los buses pasaban a su lado exhalando volutas de humo denso y negro. Otra vez vio las montañas abrazando el valle y se sintió en medio de una boca inmensa.

El final del puente no se alcanzaba a ver. ¿Ese puente no solía ser como un pequeño juguete de ladrillos sobre un arroyo? Debajo de este nuevo puente, en cambio, solo había más pavimento. Las motocicletas parecían chapolas girando alrededor de una lámpara en la noche y nadie caminaba por allí.

José Hilario alcanzó el final, casi vencido por el calor y el cansancio. El sudor resbalaba por sus cejas cuando se detuvo debajo del metro. Miró con la boca abierta ese bloque de concreto y le dijo a una mujer pintarrajeada que estaba sentada en una caseta, vendiendo lotería:

—¡Nunca he podido entender cómo acabaron con el tranvía!

Ella lo miró y siguió alisándose el pelo.

—¿Cómo se llama este barrio? —le preguntó él.

—Barrio Triste, mi amor. ¿Está perdido?

¿Estás perdido, José Hilario? La ciudad cada vez se parece menos a Rosales. Ves los talleres mecánicos y las carpinterías, los bultos de cemento en las aceras y la grasa adherida al suelo. Dos hombres pasan a tu lado, sudando, con los pechos descubiertos. Sientes el olor casi asfixiante a gasolina. No estás en Rosales.

Sería una locura devolvarte y desmayarte encima del puente solitario. No reconoces ningún rostro. Sigues caminando. Hay un edificio alto y blanco. El Sena. ¿El Sena? Repites la palabra intentando evocar alguna imagen. Se-na. Se-na. Se-na. Las sílabas retumban en tu oído, ciegas. ¿O son los latidos de tu pecho? Medellín hierve. ¿Fue siempre así? ¿No era un valle tibio, de días azules? El viento parecía hojas de cañaduzal. Hay un rumor de gentes y

luego un griterío. Y locales repletos de jaulas repletas de aves. Tu sinsonte: cuando llegues vas a oír cantando a tu sinsonte. ¿Y si tomaras un taxi? Pero ¿qué le dirías? ¿«Lléveme a mi casa, por favor»? ¿Cuántas horas has caminado? Estás cansado y tienes miedo. Piensas que tal vez no vas a volver nunca. Tienes la piel roja. Sabes que no puedes mostrarte débil: tienes la certeza de que ahora la ciudad es peligrosa. No vas a decir que estás perdido, como un niño. Tal vez esto te pasó antes, pero no lo recuerdas bien. ¿Fue hace poco o es más bien un recuerdo borroso de la infancia? Antes eras tú quien orientaba a los otros y ahora no eres capaz de llegar a tu casa. Estás viejo.

Atraviesas los corredores de la plaza Minorista, donde voces distintas repiten la misma fórmula. A la orden. A la orden. A la orden. Estás aturdido. Ves la autopista y del otro lado las montañas. Más montañas. Montañas verdes tapizadas de ladrillos en todas partes. Montañas estrangulando al valle. Cruzas hacia el río. Te llega su olor a descomposición. Les dijiste a tus hijos que cuando murieras te podían tirar a ese río. Que no tenías preferencias para cuando no pudieras tener preferencias. Quizás, desde el río, logres saber dónde estás.

Los carros pasan como relámpagos. Estás mareado y tienes náuseas. Oyes bocinas a lo lejos, ¿te pitan a ti? Sientes el pavimento como lodo bajo tus pies. Un auto rojo frena y por poco te arrolla. Permanece enfrente tuyo en medio de la autopista. Alcanzas a ver, abstraído, tu cara demacrada que se refleja en el vidrio delantero. Te secas el sudor con el antebrazo.

Una mujer joven sale del auto y grita, alterada. Escuchas sus palabras borrosas. ¿Te grita a ti? Tiene los ojos llenos de lágrimas y se toma la cabeza con las dos manos. Es bonita. ¿Es María Eugenia?

¿Cuándo aprendió a conducir María Eugenia? ¿No tenían un Ford 54 azul? Y ¿no lo habían vendido hacía años? Pero este auto es rojo y pequeño, no es un Ford 54. La mujer sigue gritando.

—¿Abuelito! ¿Abuelito!

No sabes qué decir. No reconoces ese rostro. ¿Es tu nieta o te llama así porque eres viejo? ¿Tienes nietos? ¿Te podría hacer daño?

—Negra —le dices—. Tengo sed.

Subes al auto y tomas agua de una botella que ella lleva junto al freno de mano. Parece una buena persona. Sí, una buena persona. Tal vez te lleve a la casa.

El auto acelera al lado del río. Hay decenas de indigentes caminando por allí. No los recuerdas de antes. Hace muchos años pescabas sabaletas en ese río. El cielo se duplicaba en sus aguas cristalinas. ¿Por qué están turbias? Pescabas sabaletas esquivas y rebeldes que luego alguien fritaba en la casa. ¿Las fritaba Libia o María Eugenia? ¿Era en ese río? ¿No había cañabrava en el lecho? ¿Hace cuánto ocurrieron esas cosas?



Esta obra se terminó de imprimir en Medellín, Colombia.
Noviembre de 2019.





FOTO: PATRICK RICHTER

“Se trata de un libro unitario que muestra una progresión en la intensidad y el dolor que, partiendo de una perspectiva inocente, mediante la cual revela de manera inquietante el mundo de los mayores, luego aborda de manera sutil la barbarie de la violencia hasta terminar en un dramático adiós senil. Los cuentos sostienen entre sí un diálogo interno al servicio de un diestro abordaje de tópicos como el matoneo y la perversidad infantil, el sexo en la adolescencia, la homosexualidad, el deporte y el suicidio, que contribuyen a conformar un retrato persuasivo del país en los años 90, referencia local que no le resta a su proyección universal”.

Extracto del acta de ganadores.

- ARIEL CASTILLO MIER
- LEILA GUERRIERO
- LUIS NORIEGA
- MARGARITA GARCÍA ROBAYO
- MARIO JURSIK DURÁN

Jurados del XIV Concurso Nacional de Novela y Cuento de la Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia.



XIV CONCURSO NACIONAL[®]
DE NOVELA Y CUENTO

Puños DE agua y otros cuentos

Santiago Gallego · GANADOR CUENTO



CAMARA DE COMERCIO[®]
DE MEDELLIN PARA ANTIOQUIA